

A photograph of a wooden boat on a sandy beach. The boat is partially visible, with its hull and a vertical wooden post. The sand is light brown and scattered with several large, light-colored rocks. The overall scene is bright and somewhat desolate.

**ALGUNAS DE LAS DOCTRINAS  
OLVIDADAS DE JESÚS DE NAZARET Y  
NO RECOGIDAS EN LOS CREDOS  
HISTÓRICOS NI EN LAS CONFESIONES  
DE FE DE LAS DENOMINACIONES  
MODERNAS, O ESCASAMENTE  
ENFATIZADAS EN LA CRISTIANDAD  
EVANGÉLICA ACTUAL.**

**Pr. Joaquín Yebra.  
Madrid y Vendimiario, 2016.  
COMUNIDAD CRISTIANA  
EBEN-EZER  
DE LA VILLA DE VALLECAS**

# Índice:

## 1. Contenido

---

2.	JESÚS Y EL MINISTERIO DE LA SANACIÓN.....	3
3.	JESÚS, MAESTRO DE LOS MISTERIOS DEL REINO DE DIOS.....	10
4.	JESÚS Y EL PRIVILEGIO DE LA POBREZA.....	14
5.	JESÚS, LA MANSEDUMBRE Y LA FUERZA.....	21
6.	JESÚS Y LA PIEDAD.....	26
7.	JESÚS Y EL PRIVILEGIO DE LA INFANCIA.....	33
8.	JESÚS Y LOS LAZOS DE LA SANGRE.....	37
9.	JESÚS Y EL ESTADO.....	40
10.	LA CRÍTICA DEL HOMBRE RELIGIOSO.....	46
11.	EL MAYOR MANDAMIENTO, LOS LUGARES DE CULTO Y LA ORACIÓN. 49	
12.	JESÚS Y LA MORAL.....	52
13.	NO JUZGUÉIS.....	56
14.	JESÚS Y LA GÉNESIS DEL REINO DIOS.....	60
15.	JESÚS ESPERA FRUCTIFICACIÓN.....	64
16.	LA ELECCIÓN Y LA SELECCIÓN.....	68
17.	LA FE SEGÚN JESÚS.....	73
18.	LA ESPERA ACTIVA SEGÚN JESÚS.....	79
19.	¿QUIÉN ES JESÚS?.....	83
20.	UNA MEDITACIÓN FINAL SOBRE LA VERDAD DEL CRISTIANISMO:..	88

## **2. JESÚS Y EL MINISTERIO DE LA SANACIÓN.**

---

Mateo 4:23-25. Así es como Jesús de Nazaret se presentó a la gente de su tierra y de su tiempo: Un hombre que sana a los enfermos y libera a los poseídos.

De ese modo fue como todos entraron en conocimiento de su persona.

Pero aquí se plantea el problema del “milagro” (del latín “mirari”, es decir, aquello que nos maravilla o que admiramos), o “prodigio”, lo que el griego del Nuevo Testamento suele denominar “signo”, “señal”, del griego “semeion”, y que en lo que atañe a Jesús de Nazaret no se trata, como muchos creen, de una violación de las leyes naturales ni el determinismo de esas leyes.

Los únicos milagros de Jesús son curaciones, sanaciones. Sus milagros son regeneraciones.

Jesús regeneraba lo que estaba enfermo. Su poder reinformaba, es decir, volvía a “formar” desde dentro lo que se había deformado.

Jesús restablecía las leyes naturales fisiológicas desbaratadas por el desorden de la enfermedad.

Jesús tenía el poder de recrear, de reinformar, de reorganizar lo que había estado organizado y ahora se había desorganizado por causa de la enfermedad.

Al estudiar a los seres vivos, advertimos una estructura compleja, bien definida, y nos percatamos de que la economía de su existencia, que es vida, no es una economía cualquiera, sino que la vida y el modo de vida de un ser vivo están relacionados con su estructura y con su autonomía.

En definitiva, un órgano no puede desempeñar una función cualquiera, sino que existen leyes fisiológicas relacionadas con las estructuras biológicas, que determinan la función específica de cada órgano.

Sabemos que las leyes naturales no preexisten a las realidades por ellas afectadas.

Pr. Joaquín Yebra.

Esto es absolutamente fundamental para aproximarnos a la comprensión de la vida organizada.

Cuando no existían los seres vivos sobre la Tierra, tampoco existían las leyes fisiológicas características de los organismos vivos.

Las leyes naturales representan el conocimiento que adquirimos de la estructura y del funcionamiento de los seres que estudiamos.

Es decir, las leyes naturales son conocidas por inducción y análisis a partir de la realidad experimental.

Cuando no había seres vivos sobre la Tierra, ni en nuestra galaxia, hace aproximadamente cuatro mil millones de años, tampoco había leyes naturales de orden biológico.

Ahora bien, el Universo no es una máquina, sino un proceso físico desarrollado en el espacio y en el tiempo, es decir, se trata de un ser vivo, en cuyo transcurso la información –la tendencia al perfeccionamiento- aumenta incesantemente, y es un proceso evolutivo a lo largo del cual aparece constantemente lo nuevo.

En la historia del Universo tal como la conocemos hoy, el futuro y el pasado nunca son simétricos con respecto al presente, cualquiera que sea el momento en que nos emplacemos.

Situándonos dondequiera que nos situemos, siempre habrá más en el futuro que en el pasado.

Lo ulterior es siempre objetivamente más rico que lo pasado.

Hay más ser, más información hacia el perfeccionamiento, estructuras más complejas, organismos más perfeccionados, en el futuro que en el pasado.

Hoy es indiscutible que el Universo no es una máquina estática y enteramente hecha, sino un proceso en trance de hacerse progresivamente.

Entonces, resulta evidente la imposibilidad de deducir el futuro del pasado, puesto que el futuro no se encuentra en modo alguno en el pasado.

Hay más información en el futuro que en el pasado. Imposible deducir una información nueva de un estado anterior en el que esa información no existía.

Imposible deducir las leyes biológicas nuevas que más tarde aparecerían sobre los planetas, del estado del Universo físico de hace diez mil millones de años, por cuanto deducción implica preformación.

Ahora bien, ¿qué relación puede tener esto que estamos considerando con los milagros de Jesús de Nazaret?

¿Puede haber alguna relación entre la constitución del Universo y las señales que nuestro Señor Jesucristo realizó en este mundo nuestro durante el tiempo en que estuvo entre nosotros como uno de nosotros?

Si imaginamos el Universo como una inmensa máquina, las sanidades de Jesús de Nazaret violarían entonces las leyes naturales, fijas e inmutables, que rigen el Universo.

Una cosa es ciertísima, que si Jesús no hubiera realizado curaciones, no habrían podido formarse en torno a su persona multitudes tan numerosas.

Multiplicar panes y peces para satisfacer la necesidad de comida de quienes habían pasado muchas horas escuchando sus enseñanzas, no habría sido suficiente para que las gentes le siguieran, por cuanto la comida es efímera, y la satisfacción de hoy se convertirá indefectiblemente en necesidad mañana.

Era necesario que el prodigio de Jesús alcanzara a lo más doloroso del hombre, es decir, la sanidad de la enfermedad.

Por otra parte, ni siquiera los opositores a Jesús negaron que nuestro Señor sanara a los enfermos y liberara a los oprimidos, sino que objetaron aquellos hechos, no por no ser reales, sino por atribuírselos a Satanás: Mateo 9:32-34.

Jesús no violaba las leyes naturales, sino que restablecía esas leyes naturales fisiológicas en su norma originaria.

Tales actos evidencian que Jesús tenía poder sobre la naturaleza, es decir, su capacidad de reinformar desde dentro lo que estaba deteriorado o alterado.

Quienes niegan toda posibilidad de milagro olvidan que si nos situáramos hace diez mil millones de años atrás, con tan razonamiento, también podríamos afirmar que la aparición de la vida era un imposible; y dos o tres mil millones de años atrás, al considerar los microorganismos que por aquel entonces eran los únicos representantes de vida sobre la tierra, habríamos podido igualmente afirmar que jamás habría podido darse un Mozart, un Beethoven, un Shakespeare, un Velázquez, un Einstein, ni un "tú" ni un "yo".

Ahora bien, finalmente nacieron un Mozart y todos los demás que han aportado grandes cosas a la humanidad, una humanidad que primeramente fue necesario que existiera milagrosamente, y que no estaba contenida en las nubes de hidrógeno de hace diez mil millones de años, ni en los genes de los microorganismos de hace dos o tres mil millones de años.

Mozart, Beethoven, Shakespeare, Velázquez, Einstein, “tú” y “yo”, somos el resultado de una Creación auténtica, de una información siempre en constante crecimiento desde los orígenes de la vida.

Nadie tiene derecho a negar la posibilidad de los milagros de Jesús, a declarar que fueron imposible e inconcebibles, por cuanto conocemos lo posible solamente a partir de lo real, y no antes.

Esta es una obviedad completamente indiscutible; un misterio que rodea todo cuanto existe, comprendida nuestra propia existencia.

Asegurar que Jesús de Nazaret no poseía este poder equivale a afirmar que nada nuevo puede sobrevenir en la historia. Y semejante absurdo es insostenible.

Sería afirmar que el Verbo de Dios, su Palabra Creadora, uno con el Dios Eterno, el Pensamiento Creador de Dios, no tendría poder para reorganizar, regenerar, volver a formar y, para recrear lo que había organizado, informado y creado.

Dice un viejo pensamiento hebreo que “si todo cuanto está entero puede romperse, todo lo roto puede igualmente recomponerse”.

La curación de un ciego o de un paralítico, o la limpieza sanadora de un leproso por parte de Jesús de Nazaret no es más sorprendente que la invención de la vida hace ya tres mil millones de años. Incluso lo es menos, habida cuenta de que Jesús de Nazaret vuelve a informa y reorganiza lo que estaba deformado y desorganizado totalmente.

La sanación de Jesús no se trata de una creación de algo totalmente inédito.

La aparición de la vida, de cada especie nueva, es más extraordinaria, más sorprendente, más improbable que las curaciones de nuestro Señor y Maestro, consistentes en restaurar el orden alterado y no en inventar un nuevo orden, una estructura orgánica nueva.

La tesis de que los milagros son a priori imposibles significa que uno ha adoptado consciente o inconscientemente, una concepción estática, fija, no evolutiva, preformacionista de las leyes de la naturaleza.

Sin embargo, hoy es sabido por todos sin excepción que la naturaleza no conserva un orden eterno, fijo e inmutable, sino que la naturaleza está en régimen de evolución desde hace miles de millones de años, y que lo nuevo aparece constantemente en la naturaleza con el paso del tiempo.

Ahí radica el error de quienes descartan toda posibilidad de milagro, por contemplar todo acto milagroso como una violación de las leyes supuestamente fijas, estáticas y eternas de la naturaleza.

Pr. Joaquín Yebra.

Todo cuanto Dios quiere o determina entraña la necesidad de una verdad eterna. Eso es absolutamente cierto. La misma necesidad que hace que Dios por su naturaleza y perfección conciba una cosa como es, hace también que la quiera tal como es.

Puesto que necesariamente nada es verdadero si no es por decreto divino, se sigue de esto con absoluta claridad que las leyes universales de la naturaleza son simples decretos divinos derivados de la necesidad y de la perfección de la propia naturaleza divina.

Y esto es aplicable tanto a las leyes físicas como a su Santa y Eterna Ley moral.

Si algo sucediera en la naturaleza que contradijera a sus leyes universales, ese "algo" entraría en absoluta contradicción también con los decretos, el entendimiento y la naturaleza de Dios.

Si se admitiera que Dios obrara contrariamente a las leyes de la naturaleza, estaríamos entonces obligados a admitir también que Dios obraba contrariamente a su propia naturaleza, lo que nos llevaría al absurdo total.

Todo el problema del milagro depende de la idea que nos hayamos formado del orden.

Si el orden de la naturaleza fuera como preconizaba el filósofo Baruj de Spinoza (1632-1677), fijo y estático, entonces la introducción de orden nuevo, como pudiera ser una curación hecha por Jesús de un enfermo incurable, sería evidentemente un imposible.

De manera que todo el problema se centra en si la naturaleza es fija e inmutable o evolutiva.

Hace diez mil millones de años había un determinado orden en el Universo, pero aquel orden no era el de hace dos o tres mil millones de años, ni el orden de la naturaleza hoy en esta Tierra.

Es evidente que el orden ha evolucionado. Ha habido creación de órdenes nuevos. Esto ha sido ignorado por muchos, y muchos también son quienes todavía se niegan a admitirlo, se encierran en sus dogmas y se enfadan mucho porque creen que esto amenaza sus creencias claramente mitológicas.

Hoy sabemos que la naturaleza es una historia en la que se advierten constantes innovaciones. Negar a priori que Jesús aportara un nuevo orden en la naturaleza en determinados puntos, como los actos de sanación por Él realizados, equivale a negar a la propia naturaleza la posibilidad de evolucionar y de ofrecer novedades. En realidad, equivale a negar la

creación nueva, la recreación, olvidando que es el propio Dios quien nos asegura que Él capaz de hacer nuevas todas las cosas.

Isaías 43:19: “He aquí que yo hago cosa nueva; pronto saldrá a luz; ¿no la conoceréis?”

Semejante actitud nos hace recordar a quienes en el campo de la política hablan constantemente del “orden establecido”, o del “estado de derecho” que ellos, la casta dominante, defiende con uñas y dientes, y con fuerzas armadas y de seguridad del estado, es decir, de las clases dominantes, y se niegan a consideración alguna de la posibilidad de un orden diferente, y quizá mejor, mostrando de ese modo, mediante el recurso de la fuerza, entiéndase de la violencia, su incapacidad para convencer de la conveniencia de mantener su “orden” establecido.

El “fijismo” del orden, la idolatría del sistema existente e impuesto, es lo que paraliza el pensamiento y la acción, por cuanto la casta dominante, sea en el orden político como en el religioso, no quiere promover el desarrollo de hombres y mujeres creativos, sino súbditos y lacayos leales al sistema imperante.

Millones desconocen o quieren ignorar y que ignoremos que la acción humana consiste en introducir en la naturaleza un nuevo orden mediante la creación de nuevas informaciones.

Por otra parte, la libertad humana estriba precisamente en la capacidad de crear información.

A nadie nos debería sorprender en absoluto que los pensadores que niegan la Creación, que niegan toda posibilidad del milagro –no olvidemos que el “milagro” es una “reinformación”-, sean quienes niegan asimismo la libertad humana, que es la fuente de creación de toda información.

Cuando Dios concluye los Seis Días de la Reorganización del Universo, descansó para seguir después obrando.

El Universo fue puesto en marcha y dotado de mecanismos para seguir evolucionando.

De modo que en ese sentido podemos decir que la Creación está inacabada, es decir, no ha llegado a su destino final, a su meta escatológica.

Eso no le impide al Creador seguir inventando en su soberanía seres nuevos, no preexistentes en modo alguno.

Al inventar, al crear seres vivos sobre nuestro planeta en un tiempo remoto, el bendito Creador no violaba las leyes físicas existentes en un Universo carente de vida.

Pr. Joaquín Yebra.



Lo que Dios hacía era informar desde dentro esas leyes físicas que constituyen la realidad física, la materia, y crear un nuevo tipo de realidad.

No tiene fundamento en nombre del antiguo orden negar la génesis de un orden nuevo, por cuanto el nuevo orden no destruye al antiguo, sino que lo completa y lo utiliza para inventar estructuras nuevas.

Jesús tenía el poder de reinformar, de re-organizar lo que estaba desorganizado y lo que había perdido la información normal.

Jesús no violó ni destruyó ninguna ley natural, sino que, por el contrario, las restauró.

Eso prueba sencillamente que Jesús de Nazaret gozaba de un poder análogo al del Creador, puesto que podía curar, reinformar, reorganizar, en definitiva “recrear” lo que estaba deteriorado.

Espero que esta nueva perspectiva nos ayude a aproximarnos a la sanidad divina en nuestro medio.

\*\*\*\*\*

### **3. JESÚS, MAESTRO DE LOS MISTERIOS DEL REINO DE DIOS.**

---

Mateo 23:1-12. Curar, es decir, liberar, y enseñar, es decir, instruir, fueron las funciones fundamentales de Jesús de Nazaret desde el principio de su ministerio público.

Ya hemos visto que curar, sanar, es reinformar, reorganizar, regenerar, restaurar, y siempre desde dentro, organismos enfermos y deteriorados, y que Jesús no violentó las leyes naturales ni fue contra ellas, sino que actuó a favor de ellas restableciéndolas.

Esa misma información restauradora también posee el sentido de conocimiento, de enseñanza comunicada a quien desconoce por parte de alguien que conoce, y que la impartición de dicho conocimiento ha de realizarse en lenguaje inteligible.

Estos dos sentidos de información se conjugan de manera mutua y recíproca, y la prueba de ello la hallamos en el hecho de que un organismo vivo es una estructura que subsiste y vive, se desarrolla y se reproduce, precisamente porque sus genes contienen un mensaje, una información en el sentido de enseñanza que aporta las instrucciones necesarias para el funcionamiento de ese organismo.

Esto significa que todo organismo está formado por una idea rectora.

Jesús conjugó ambos sentido de la información. No hay diferencia entre las sanidades y las enseñanzas de nuestro bendito Salvador.

Sus actos de sanación, todos sus milagros, fueron también parábolas, unidades didácticas.

Jesús enseña, comunica una información para la creación de una humanidad nueva, y constituye un cuerpo, una asamblea, de hombres y mujeres dispuestos a pensar y vivir de acuerdo con la doctrina de Jesús, es decir, de acuerdo con su información.

Cualquier parecido entre el proyecto de Jesús de Nazaret y el cristianismo organizado e institucionalizado es mera coincidencia.

Pr. Joaquín Yebra.

Jesús reorganiza y reinforma organismos enfermos, pero cuando enseña su doctrina, reorganiza y reinforma de la misma manera.

Lo que molesta y preocupa sobremanera de Jesús a las autoridades romanas y judías de su momento es este aspecto de la enseñanza de nuestro Señor.

Esa es la razón por la que en las universidades se sigue enseñando la doctrina moral de Platón (c. 427-347 a.C.), la ética de Aristóteles (384-322 a.C.), Epicuro (341-270 a.C.), Séneca (4 a.C. – 65 d.C.), Epicteto (c. 55- c.125 d.C.), y después de un salto de casi dieciséis siglos se enseña la moral de Descartes (1596-1650), la ética de Spinoza (1632-1677), la moral de Kant (1724-1804) y de Nietzsche (1844-1900), pero nada se enseña de la doctrina de Jesús de Nazaret.

Eso se deja en manos del cristianismo organizado, el mayor traidor a Cristo y su doctrina en la inmensa mayoría de los casos.

La doctrina de Jesús de Nazaret se encierra en el ámbito de la religión, Jesús es secuestrado por los círculos religiosos, y su información queda reducida a una vaga filosofía de moralina destinada a la caducidad.

En su enseñanza, Jesús recurre al “mashal”, voz hebrea que nos ha llegado del griego “parabole” como “parábola”, pero a diferencia de las parábolas griegas y después romanas, los “meshalim” hebreos son comparaciones basadas en realidades sensibles, experimentales, accesibles a todos, verificables por la experiencia común, nunca comparaciones fantásticas, como en el caso de las alegorías y otras composiciones carentes de fundamento de naturaleza experimental.

La información que Jesús pretende impartir es la creación de una humanidad nueva, habitada, penetrada, informada por la vida divina.

Jesús no desemboca en lo espiritual a través de lo abstracto, sino que parte desde lo sensible concreto para llegar a lo concreto espiritual y místico.

Por eso es que Jesús no nos deja un credo, ni una confesión de fe, ni un tratado teológico, sino una serie de parábolas y enseñanzas concretas.

Jesús no emplea términos abstractos, sino pan, vino, agua, tierra, barro, simientes, flores del campo, aves de los cielos, aceite, sal y las demás realidades de la vida cotidiana para la enseñanza de realidades de orden espiritual.

Cuando Jesús utiliza las realidades sensibles y los hechos de la vida cotidiana para enseñar los misterios del Reino de Dios, se basa en la analogía entre la Creación, obra de la Palabra Creadora de Dios, y la Creación Futura, es decir, el Mundo Venidero.

Pr. Joaquín Yebra.

Los filósofos de formación greco-latina, y sus seguidores los teólogos del cristianismo institucionalizado, incurrieron en un terrible error al menospreciar al Rabino Yeshúa, el Maestro Jesús, quien nos enseña verdades inteligibles hablando de la semilla que cae en la tierra, de la levadura que una mujer introduce en la masa para confeccionar el pan cotidiano, de la oveja torpe que se ha descarriado y el buen pastor sale a buscarla, de la moneda extraviada en la casa de la mujer que lo revuelve todo hasta encontrarla, y del padre de familia que siempre aguarda esperanzado el regreso del hijo que se ha ido lejos; el que ha dejado de considerarse a sí mismo hijo, pero a quien el padre nunca ha dejado de considerarle como tal. De ahí su paciente y esperanzada espera del regreso del hijo, para recibirle si reproche alguno.

Para todo el intelectualismo occidental, que tanto ha contaminado y sigue contaminando a la doctrina cristiana, se llega a lo espiritual solamente a través de lo abstracto y conceptual.

Jesús, sin embargo, informa a través de realidades concretas, y su enseñanza se da a conocer por medio y en forma de realidades sensibles.

De no haberlo hecho así, Jesús no hubiera podido comunicar nada a los hombres y mujeres con quienes se encontró - campesinos, artesanos, pastores, pescadores, cobradores de impuestos, amas de casa y prostitutas- pero nunca “intelectuales” pertenecientes a una élite social.

De hecho no puede pasarnos inadvertido que todos los problemas de Jesús tuvieron lugar con los “religiosos intelectuales” y la nobleza laica del momento, no con el pueblo llano que le escuchó, le siguió y fueron beneficiarios de sus milagros.

Jesús en carne en nuestros días tampoco tendría problema alguno con los cristianos de “a pie”, sino con los teólogos y los dirigentes denominacionales, los que incluso procuran evitar por todos los medios que los creyentes de las diversas iglesias lleguen a conocerse, pues saben perfectamente que cuando tal encuentro se produce, todos descubren que no están tan alejados como sus dirigentes pretenden hacerles creer.

Creo que esto es algo que todos sabemos o intuimos, aunque no lo verbalicemos.

En segundo lugar, las enseñanzas de Jesús, llegado el momento de verterlas en todas las lenguas del mundo, jamás hubieran sido traducibles si nos hubieran llegado envueltas en un lenguaje erudito, rico, complejo, plagado de cultismos, en lo que algunos bromeando califican de “chino mandarín”, es decir, el chino empleado por los mandarines y la corte, desconocido para el pueblo.

Pr. Joaquín Yebra.

Algo semejante a lo que en su día hicieron los rabinos hebreos, desarrollando un “hebreo rabínico” que no era ni es comprensible para el resto del pueblo judío.

El lenguaje fruto de larga tradición y civilización de gentes ilustradas no fue el de Jesús de Nazaret.

¿Cómo podría haber sido traducida y comunicada la doctrina de Jesús de Nazaret a lo largo de los siglos al selvático africano, al campesino chino, al granjero americano y al obrero industrial europeo?

La pobreza del lenguaje de Jesucristo, aunque pocos hayan reparado en ello, o bien no se hayan atrevido a reconocer públicamente, es un aspecto más de su pobreza evangélica, libremente asumida, y en ella radica la condición de su expansión universal.

La enseñanza evangélica, precisamente por no haber sido expresada en el lenguaje erudito de una civilización particular muy diferenciada, ha podido y puede ser traducida y comunicada a todas las lenguas y civilizaciones de los humanos, comprendidos los más pobres de entre los hombres.

Si la enseñanza de Jesucristo hubiera quedado arropada por la riqueza de un lenguaje demasiado evolucionado y sofisticado, habría permanecido prisionera en la cultura y en la civilización en cuyo seno nació.

No habría sido comunicable a la totalidad de los hombres. No habría podido difundirse por toda la superficie de la Tierra, ni el Evangelio hubiera podido ser realmente universal.

En realidad, según vemos nosotros las cosas, los “intelectuales” religiosos dogmáticos, fueron los que complicaron el Evangelio y lo siguen haciendo hasta el día de hoy, lo que implica el escándalo de la división entre los cristianos, impuesta por las llamadas jerarquías del cristianismo organizado.

Esa pobreza y esa simplicidad de los medios de expresión no disminuyen ni un ápice la riqueza inagotable e inagotada del contenido del mensaje de la Persona y Obra de Jesús de Nazaret.

De hecho hay más riqueza inteligible en un grano de trigo o una gota de agua que caen en la tierra que en todos los discursos abstractos.

Así, pues, es como Jesús de Nazaret reveló los secretos del Reino de Dios.

\*\*\*\*\*

## **4. JESÚS Y EL PRIVILEGIO DE LA POBREZA.**

---

El Evangelio según Lucas nos relata que un día Jesús entró en la sinagoga de su aldea de Nazaret y leyó en voz alta el texto de Isaías 61:1-2; Lucas 4:16-19.

En ese texto se encuentran los detalles básicos y fundamentales de la doctrina evangélica según las Sagradas Escrituras y la enseñanza y vivencia de Jesús de Nazaret:

La unción con el Espíritu Santo de Dios (“mashá”, de “ungir con aceite”, y de ahí “Mashíaj”, “Mesías”).

El anuncio de la buena nueva a los empobrecidos (hebreo: “besoreta”; griego: “euaggelion”).

La curación de los enfermos y la liberación de los oprimidos y los cautivos.

Después de leer este pasaje del libro del profeta Isaías, Jesús entregó las Sagradas Escrituras al ministro de la sinagoga e hizo una notable declaración: Lucas 4:20-21.

El profeta Yohanán, a quien conocemos más frecuentemente por Juan el Bautista, que predicaba en el desierto de Judea y bautizaba en el río Jordán, y había sido arrestado y encarcelado, envió a Jesús a algunos de sus discípulos para preguntarle a Jesús si Él era el que había de venir, el Mesías prometido, o si habrían de esperar a otro, y la respuesta de Jesús fue categórica: Mateo 11:1-6.

El mesianismo de Jesús de Nazaret no gustaría a todos, por cuanto se dirigía recta, directa y primordialmente a quienes en el mundo se ven necesitados, a aquellos de quienes nadie se ocupa: la famélica legión de empobrecidos, los enfermos, los lisiados, los apestados, los humillados, los encarcelados, los marginados, los tenidos por herejes desde la religión del poder, los parias de la tierra.

En definitiva, todos aquellos que no importaban ni importan a los enriquecidos y acomodados al sistema imperante. Incluso aquellos que resultan tan molestos que sería mejor eliminarlos.

Pr. Joaquín Yebra.

Jesús, a diferencia de los muchos maestros e iluminados que han surgido en el mundo, especialmente en Oriente, no se dirige a la élite, a las castas privilegiadas por fortuna o por cultura, sino primordialmente al pueblo llano.

Platón elaboró un sistema piramidal de castas, en cuyo vértice se encontraban los filósofos, y cuya base estaba formada por los trabajadores manuales.

Según Aristóteles, la sabiduría implicaba y requería previamente el ocio, pero, claro está, el ocio de unos comporta la esclavitud de quienes no pueden disponer de ocio para el estudio por tener que trabajar duramente para ganarse la vida y contribuir a que sus explotadores disfruten del ocio.

Jesús enseña la excelencia de la piedad, por cuanto no cree en castas –lo que implicaría la existencia de almas preexistentes, unas para gozar y otras para sufrir- sino que nuestro bendito Maestro aplica la piedad al infortunio real, al sufrimiento padecido por seres distintos y personales, seres que no son meras ilusiones ni espejismos, sino realidades tangibles.

La ausencia de la piedad descansa sobre la creencia de que el sufrimiento de los demás no pasa de ser una apariencia, una ficción alejada de la realidad de quien vive en la abundancia y la acomodación.

Jesús comienza por prestar atención a las enfermedades y los sufrimientos, a cuidar a los enfermos. No estima que esto sea desdeñable ni ilusorio. Se ocupa de ellos como el médico divino. Ha venido a sanar y llamar a los pecadores al arrepentimiento.

No se ocupa del cuerpo del hombre, como se diría en los círculos contaminados por la antropología dualista, sino que conforme a la antropología hebrea, Jesús se ocupa del “hombre” en su sentido holístico, total y global, frente a la visión ficticia y escapista de la realidad que nos resulta molesta.

Jesús se dirige primeramente a los empobrecidos y les enseña que, aunque ellos no lo sepan, tienen una ventaja: Lucas 6:20-26.

Semejante declaración no sólo es paradójica respecto al sistema de valores de entonces y de hoy, el comúnmente admitido, sino que resulta además auténticamente escandalosa.

Algunos podrían pensar que suena a burla afirmar que los bienaventurados son precisamente aquellos que padecen hambre, que sufren miseria por ser oprimidos, explotados, humillados y degradados en su humanidad por quienes desconocen o se niegan a sumir su hermandad.

Debemos en este punto de nuestro estudio remitirnos a la doctrina moral de los profetas, quienes expresan la “justicia” con el vocablo hebreo “tsedaká”, voz que no sólo implica orden jurídico, sino la verdad esencial de todo ser, es decir, su santidad.

Pero también es exigencia de justicia humana, concreta, y condenación de las desigualdades escandalosas instauradas tras la instalación de los poderosos en la tierra de Israel, quienes habían fabricado, al igual que hoy en todo lugar de la Tierra, la riqueza acumulativa que genera cada día más empobrecidos.

Si en lugar de hacer otras cosas, con las que muchos amados hermanos pierden miserablemente su tiempo, leyeran los escritos de Amós, Oseas e Isaías, profetas del siglo VIII a.C., y de Jeremías (siglo VII a.C.), entenderíamos la situación del pueblo hebreo en aquellos días, y así podríamos desmitologizar y desespiritualizar estos textos bíblicos, eclesiologizados por el cristianismo institucionalizado para que pocos se percaten de lo que verdaderamente enseñan.

Jesús de Nazaret al llamar “bienaventurados” a los empobrecidos no pretende justificar el orden establecido, hoy como ayer, el orden de injusticia imperante, en definitiva el mayor de los desórdenes, sino que su bienaventuranza radica en ser víctimas a los ojos de Dios, quien les hará justicia en el día establecido, pues su clamor ha penetrado en los oídos divinos, como ocurriera con las desdichas del pueblo hebreo bajo la garra opresora del imperio faraónico egipcio.

Los explotadores, los opresores, los verdugos, no tendrán parte en el Reino de Dios, en el Mundo Venidero: Lucas 6:24.

Hay muchas definiciones posibles de riqueza y pobreza. Las hay para todos los gustos, y, sobre todo, para quedar a salvo en la definición que demos, trazando la línea divisoria a nuestras espaldas.

Creemos que para Jesús de Nazaret la pobreza es carencia; y la riqueza no es abundancia, sino saturación acumulativa.

Siempre viene a nuestra mente el recuerdo de la ilustración dada por un profesor misionología, quien al respecto solía repetir que Dios ha puesto una mesa delante de nosotros en la que hay un plato para cada uno. Quien se acerca a la mesa y no halla su plato, puede estar seguro que hubo alguien que llegó antes y se llevó su plato y el suyo.

Cuando conocemos la doctrina bíblica respecto a la cólera de Dios, indignación divina que se acumula sobre quienes asesinan, explotan, oprimen y envilecen al hombre, a sus compañeros de existencia más débiles,



podemos acercarnos a la comprensión del sentido de la bienaventuranza que Jesús declara sobre los empobrecidos.

Los enriquecidos son infortunados porque están repletos, saciados, y ya tienen el consuelo que han buscado.

Jesús demuestra en su vida que para la inmensa mayoría de los hombres la riqueza es objeto de un culto idólatra, y que la acumulación de riqueza y poder es un esfuerzo para escapar de la angustia de la muerte, de la angustia de la inestabilidad, de la inseguridad y la dependencia.

En definitiva, se trata de un esfuerzo para asegurarse contra el riesgo y una búsqueda irrefrenable de consistencia. Hoy eso lo ha estudiado y conoce perfectamente la psicología moderna.

El enriquecido quiere escapar de la condición nómada, que es la natural en el ser humano.

La vida nómada es la condición propia del hijo de Abraham según el Espíritu Santo: Extranjero y peregrino sobre la Tierra. Así se lo explica Jesús a Nicodemo: Juan 3:1-8.

Así lo expone igualmente la Carta a los Hebreos 11:13 respecto a Abel, Enoc, Noé, Abraham, Isaac, Jacob y Sara.

El enriquecido quiere escapar de la condición nómada, peregrina, y arraigarse, no arriesgarse, sino echar raíces estableciendo ciudades, mansiones, palacios, murallas tras las cuales acumular su riqueza y apegarse a ella.

Así nace y se desarrolla el concepto de la propiedad privada, la que siempre priva a otros de algún bien.

El enriquecido desearía que sus riquezas fueran eternas; querría no morir para poder gozar de ellas eternamente.

El empobrecido, a causa de la codicia de sus explotadores, no tiene nada a que aferrarse; está disponible para ser nómada, peregrino en su alma.

No puede rendir culto a las riquezas que no posee, que no tiene acumuladas.

Pero pronto llegarán quienes para poder seguir explotando más hondamente despierten en su corazón el anhelo de adquirir y llegar a acumular esos bienes, y así caerá en el mismo pozo de sus explotadores.

El propio Jesús no dispone ni siquiera de una piedra sobre la que apoyar su cabeza: Mateo 8:18-20.

Siendo rico, que no enriquecido, se hizo voluntariamente pobre, empobreciéndose, para estar entre nosotros como uno de nosotros, y así dar su vida por nosotros.

La estratagema de la espiritualización borrará esta visión de la Encarnación del Verbo, y de ese modo la religión organizada e institucionalizada justificará la explotación de los enriquecidos sobre los empobrecidos.

Y los dirigentes del cristianismo establecido estarán o buscarán estar siempre cerca de los poderosos. Esto no es opinable, sino perfectamente constatable en el estudio de su desarrollo en el curso de los siglos, y hasta nuestros días.

Acceder al Reino de Dios sólo es posible tras una previa liberación infantil y secretamente idólatra de la riqueza.

De lo contrario, la instalación en este mundo no permitirá jamás a quienes han caído en esa red clamar sinceramente por la venida del Reino: Marcos 10:17-31; Mateo 19:16-30; Lucas 18:18-30.

Jesús no enseña la renuncia por la renuncia, ni el sacrificio por el sacrificio en sí, sino las condiciones existenciales y ontológicas, es decir, las propiedades trascendentales del ser, para acceder a una riqueza infinitamente mayor.

Ahora bien, Jesús no sitúa la riqueza mayor, del ser y de la vida, en un “más allá”, como suelen caricaturizar en muchos círculos del cristianismo institucionalizado, sino que quienes lo han abandonado todo por seguir la llamada de la Palabra Creadora, conocerán un enriquecimiento sin comparación posible con lo que han dejado atrás.

Esto significa que la doctrina de Jesús de Nazaret es, a este respecto, verificable en la experiencia existencial, en el “ya” y en el “ahora”.

También significa esto que el Reino de Dios no es una realidad imaginable prometida a ingenuos, como si se tratara de la zanahoria colgada delante del burro para hacerle cabalgar sin reposo hasta caer rendido por agotamiento, sino que se trata de un Reino completo en el corazón de Dios, pero que está en formación, en construcción, en esta Tierra.

Jesús enseña que la Creación actual, presente, es inacabada, y que Él ha venido para completarla introduciendo en ella una semilla, una simiente que ha de ser plantada en los corazones de los hombres: Mateo 6:19-21; Lucas 12:32-34.

¿De qué sirve acumular riquezas y tesoros y buscar en ellos la seguridad absoluta, la consistencia de la vida, siendo así que vivimos en un mundo en

el que abundan los ladrones, la usura, y en el que no podemos encontrar la seguridad que buscamos? Lucas 12:13-21.

Jesús revela y advierte que el Reino de Dios es un tesoro; quien tropieza con él, vende cuanto posee con tal de adquirirlo.

Jesús no predica el interés absoluto, sino dónde se encuentra el interés bien entendido: Mateo 13:44-46.

La enseñanza de Jesús no es mezquina, corta de miras, ni crispada ni estúpida, sino que Jesús recomienda la pobreza libremente asumida.

Jesús condena la injusticia, la opresión del hombre por el hombre, el crimen perpetrado contra los humildes por parte de los poderosos.

Jesús no emprendió la guerra contra los ocupantes romanos ni contra los explotadores del pueblo que se habían ido haciendo con las tierras, sino que propuso un camino para que los hombres podamos vivir la vida abundante que Dios tiene para nosotros.

El objetivo, la finalidad de Jesús, no es otra que la de comunicar a la humanidad entera –empobrecidos y enriquecidos, explotadores y explotados- una información creadora, liberadora y regeneradora, para lo cual es menester nacer de nuevo, de simiente incorruptible, de lo alto, del Espíritu Santo.

Es una curación y una consumación del hombre en una dirección que apunta más allá del hombre.

Jesús de Nazaret predicó una doctrina revolucionaria que ha transformado profundamente desde hace veinte siglos a un ingente número de hombres y mujeres, que, por estar ellos mismos interiormente transformados, han sido y siguen siendo agentes transformadores de otros hombres y mujeres.

Cuando Saulo de Tarso, el rabino discípulo de Cristo y Apóstol del Resucitado, afirmó que “ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús (Gálatas 3:28), operó en el orden del pensamiento y a nivel de los principios una revolución en la mentalidad antigua, revolución que dio sus frutos y sigue siendo operante en nuestros días.

Esa revolución es la que el cristianismo organizado y establecido en maridaje con los poderosos ha tratado de borrar por todos los medios a su disposición –muchos, por cierto- reduciendo la doctrina de Jesucristo a esas expresiones abstractas de los catecismos y de las confesiones de fe denominacionales, en las que no podremos hallar ninguna de las enseñanzas fundamentales de nuestro Señor Jesucristo.

Pr. Joaquín Yebra.

*ALGUNAS DE LAS DOCTRINAS OLVIDADAS DE JESÚS DE NAZARET Y NO RECOGIDAS EN LOS CREDOS HISTÓRICOS NI EN LAS CONFESIONES DE FE DE LAS DENOMINACIONES MODERNAS, O ESCASAMENTE ENFATIZADAS EN LA CRISTIANDAD EVANGÉLICA ACTUAL.*

\*\*\*\*\*

## **5. JESÚS, LA MANSEDUMBRE Y LA FUERZA.**

---

Jesús afirma la aparente paradoja de que la mansedumbre es fuerte, porque alcanzará finalmente la victoria y dominará la tierra: Mateo 5:5; Salmo 37:11.

Aquí tenemos otra paradoja objeto de escándalo, ya que damos por sentado que han sido los violentos quienes han conquistado el mundo y lo dominan. Al fin y al cabo, ellos han sido los escritores de la historia.

Los mansos son los corderos, las ovejas llevadas al matadero. La mansedumbre, por consiguiente, no es vista por el mundo como una virtud, sino, antes bien, como un signo de flaqueza y debilidad.

Bajo diversas influencias se ha acabado por identificar la fuerza y el poder con la violencia, y la mansedumbre con la debilidad.

La pretensión de nuestro Señor Jesucristo es que, por el contrario, la mansedumbre es poderosa, de que el poder verdadero es manso y no violento.

Primeramente, hemos de percatarnos de que el poder consiste en engendrar y crear, no en destruir.

Identificar al hombre fuerte con el asesino, con el destructor, es un auténtico contrasentido tristemente extendido por doquier.

Crear es signo y prueba de poder; destruir nunca podrá serlo.

Para llegar al hombre en su complejidad, en su riqueza anatómica y fisiológica, la vida ha empleado amplios períodos de tiempo.

En cosmología, el principio antrópico establece que cualquier teoría válida sobre el Universo tiene que ser consistente con la existencia del ser humano. Es decir, si en el universo se deben verificar ciertas condiciones para nuestra existencia, dichas condiciones se verifican ya que nosotros existimos.

Stephen W. Hawking en su libro “Historia del Tiempo” dice lo siguiente respecto al principio antrópico:

Pr. Joaquín Yebra.

“Vemos el Universo en la forma que es porque nosotros existimos”.

Y concluye afirmando que si el Universo no fuese como es, o no hubiera evolucionado como lo ha hecho, nosotros no existiríamos, y que, por lo tanto, preguntarse cómo es que existimos o por qué no existimos no tendría sentido.

Sin embargo, cualquier poderoso con un dispositivo electrónico de lanzamiento de misiles, o un enloquecido con una metralleta en ristre, es capaz en un instante de destruir esa creación maravillosa que es la vida humana.

¿Cómo puede ser signo de poder o de inteligencia el acto destructor de la vida?

En la confusión del poder con la violencia hemos caído en una terrible inversión de valores de naturaleza puramente mitológica, no avalada por el hecho de ninguna experiencia, y que es fruto de una diabólica patología:

La identificación del hombre fuerte y poderoso con el hombre que explota, que somete, que asesina, y que destruye.

Sin embargo, el mundo en que vivimos pertenece sin duda a los violentos, a los asesinos, a los conquistadores, y se nos dice que así lo enseña la historia.

Eso sí, los poderosos no se mancharán las manos, sino que tendrán a su servicio para realizar tales funciones sucias a lacayos formados y pagados para la ejecución de dichas labores.

Deberíamos, sin embargo, examinar detenidamente la historia humana a este respecto y hacer un balance. Sin necesidad de remontarnos a tiempos muy pretéritos, basta con considerar las dos últimas guerras mundiales en el recientemente acabado siglo XX, con diez millones de muertos la primera y cuarenta millones de muertos la segunda. ¿Cuál será la cifra de la próxima?

Si el poder consiste en levantar montones de cadáveres, no cabe duda entonces que los promotores de semejantes matanzas hemos de considerarlos creadores de grandes “hazañas” y tenerlos por poderosos.

De hecho, son sus nombres los que destacan en los anales de la historia, o mejor dicho, de lo que nos venden como “historia”.

También deberíamos examinar la duración de los imperios levantados sobre matanzas: Los grandes imperios –Egipto, Asiria, Babilonia, Alejandro Magno, el Imperio Romano, no se pueden sostener durante mucho tiempo.

Más recientemente lo hemos podido constatar con el Imperio Soviético, y no podemos esperar nada diferente respecto a los actuales imperios, el

Pr. Joaquín Yebra.

Estadounidense y el Chino, seguidos por algunas otras economías emergentes.

Del mismo modo que los diplodocos y los dinosaurios de la era secundaria, gigantescos animales de pequeña cabeza, fueron barridos por minúsculos mamíferos, así también Jesús de Nazaret, al igual que los profetas hebreos que le precedieron, nos enseña que el destino del mundo no está en las manos de los asesinos, por muchos honores y condecoraciones que cubran sus pechos, sino que el Mundo Venidero pertenece a todos cuantos hayamos cooperado a la acción creadora de Dios, acción que opera de forma poderosa en mansedumbre, sin destruir a su paso.

Al enseñar Jesús que el poder y la fuerza están asociados a la mansedumbre y no a la destrucción, nuestro Señor nos insta a preguntarnos si los hebreos oyeron bien a Dios cuando acometieron las destrucciones registradas en las páginas del Antiguo Testamento.

Jesús revela que su Dios y Padre, y Padre nuestro, no está a favor del poder entendido como violencia, por cuanto Él está interesado en construir y no en destruir.

No pretende oprimir ni sojuzgar ni al hombre ni a la libertad humana que ha salido de las propias manos divinas.

A Dios no le gustan los seres domesticados, serviles, ni le complace reinar sobre libertades sojuzgadas.

Lo que le importa a Dios, según se desprende de la suma de la Sagrada Escritura, es la creación de un ser libre, autónomo, liberado de toda idolatría y capaz de mantener con Él una relación de forma personal, y hasta, si es preciso, entrar en discusión con Él, como hicieron Abraham y Job, entre otros siervos del Señor.

Lo que le interesa al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, y Padre nuestro que está en los Cielos, es la relación de amistad, y no las relaciones habituales entre un señor y un esclavo, como se entiende en nuestro mundo: Juan 15:9-17.

Todos los textos de los profetas de Israel enseñan que la relación entre Dios y el hombre es la del Ser que crea y ama con el ser amado, la del Señor que se esfuerza constantemente por liberar al hombre de todas sus servidumbres.

Dios es el Creador y el Liberador de Israel. El Señor no coacciona a su pueblo, ni le hace violencia, sino que se conduce como el Amante que solicita a su bienamada: Oseas 2:19-20; 11:4.

Para no aplastar al hombre, al ser creado, ni deslumbrarle ni dominarle, Dios se muestra discreto, vela el resplandor de su luz y atenúa su poder; se conduce con suma mansedumbre a fin de no destrozar la libertad naciente del frágil y vulnerable ser humano.

Dios enseña a la humanidad a andar, a dar sus primeros pasos como si se tratara de un niño, y tal cosa no la hace con violencia.

La violencia de nada sirve, cualquiera que sea la información que pretende transmitir. Por el contrario, la violencia obstaculiza y bloquea la comunicación de la información.

La violencia no sólo no es eficaz, sino que resulta negativa, de manera que si pretendemos transmitir una información creadora, la violencia será signo de impotencia y de incapacidad para realizar lo que se quiera llevar a cabo.

Las religiones, y entre ellas el cristianismo organizado y establecido en maridaje con el estado secular, pueden sustantivizarse y autonomizarse, articulando los poderes religiosos con otros poderes, en un juego de intereses casi nunca ni claro ni transparente.

Hubo un tiempo en Occidente –hoy está muy sutilmente oculto o disfrazado– en que el poder religioso, especialmente Roma, ejerció un dominio absoluto, poniendo y deponiendo monarcas, promoviendo guerras e imponiendo pacificaciones, uniones nacionales y reparto de tierras entre sus beneficiarios.

Esos siglos de alianza entre el poder del trono y el altar, de la cruz y la espada, bajo la hegemonía de la Iglesia de Roma, fueron los siglos de mayor violencia que ha conocido Occidente.

La violencia religiosa ejercida en nombre de Dios dio lugar a la quema de miles de mujeres acusadas de ser brujas, el silenciamiento y la tortura de miles de personas por parte del llamado Santo Oficio de la Inquisición y la promoción de guerras sangrientamente devastadoras.

De ese modo el cristianismo institucionalizado se privó de espiritualidad, y en lugar de hombres y mujeres dotados de los dones, ministerios y operaciones del Espíritu Santo, cayó en manos de burócratas religiosos; en lugar de pastores con corazones según el corazón de Jesucristo, se generaron autoridades eclesiásticas que vivieron y viven por encima del pueblo y generalmente a su costa.

Son los llamados con el anglicismo “líderes”, los que no quieren fieles creativos, sino siervos obedientes y lacayos a sus órdenes.

Eso “líderes” y los lacayos a su servicio son quienes no propician la madurez de la fe, sino el infantilismo de la subordinación; y el resultado es la absoluta Pr. Joaquín Yebra.



mediocridad, la acomodación, la ausencia de profetas y mártires, y el enmudecimiento de la palabra inspiradora de nuevos ánimos y novedad de vida.

Con sus dogmas elaborados para silenciar las verdaderas enseñanzas de Jesús de Nazaret, las instituciones religiosas pueden convertirse en el túmulo del Dios Vivo.

La comunicación de la información creadora sólo se opera en y por la mansedumbre resultante del encuentro con Dios que produce vidas transformadas a partir de una profunda transformación interior.

De ahí que nuestro Señor Jesucristo, poderoso por excelencia, enseñe que el mundo será finalmente, no de aquellos que destruyen, sino de quienes crean, de los mansos y humildes constructores de la paz, los que han renunciado a la violencia.

\*\*\*\*\*

## **6. JESÚS Y LA PIEDAD.**

---

Jesús mostró fundamentalmente piedad, misericordia, para con los enfermos, los empobrecidos, debilitados, locos poseídos y las muchedumbres, a quienes vio como ovejas sin pastor: Marcos 5:7; 8:2.

La piedad misericordiosa no es virtud que merezca simpatía y admiración en el mundo, pues se considera una muestra de debilidad.

Esa ha sido la contribución de Nietzsche a la filosofía de Occidente, la que culminó en la Segunda Guerra Mundial y el Holocausto judío.

En cambio, acumular montañas de cadáveres en los campos de concentración y de exterminio fue considerado más masculino, más viril y más digno del superhombre.

La virilidad se ha asociado siempre a la guerra, y ésta, no lo olvidemos, consiste esencialmente en matar, en destruir, en quitar la vida.

De ese modo, la virilidad se ha plasmado de manera singularmente notable en el acto de matar. Y los héroes nacionales siguen siendo quienes han muerto matando.

La piedad consiste ante todo en admitir objetivamente con realismo el derecho a la existencia del otro, con todos sus rasgos diferenciales.

Quien no tiene piedad es un hombre o mujer que ha perdido el sentido de la existencia del otro y su derecho a vivir y ser diferente.

A sus ojos, el dolor del otro no es más que un sueño, una apariencia, a menos que, además, disfrute de ese dolor, lo cual tristemente acontece en muchas almas saturadas de la necrofilia gestada por el sistema imperante.

El hombre piadoso no está encerrado en el autismo que se genera cuando se ha perdido la capacidad de tener piedad hacia el compañero de la existencia.

El mito según el cual el hombre piadoso es débil, y el hombre sin piedad es fuerte, es el causante de graves enfermedades del psiquismo.

Pr. Joaquín Yebra.

El Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, y Padre nuestro que está en los Cielos, a diferencia de los dioses del Olimpo, de Egipto o de Babilonia, y más recientemente también contrariamente a las deidades de la mitología germánica, es compasivo.

Lo mejor que pueden hacer los hombres es imitar a sus dioses. Y aquí es donde los estudiosos han llegado a la conclusión de que en ese caldo de cultivo nace y se desarrolla el mito del nacionalismo alemán que condujo a la Segunda Guerra Mundial y el Holocausto hebreo, al llegar a asumir la existencia de razas execrables.

Lo mismo acontece en todos los nacionalismos hasta nuestros días.

Ahí es donde podemos hallar la primordial diferencia entre el Dios revelado en la Persona de Jesucristo y los dioses de las regiones asirio-babilónicas, cananeas, egipcias, griegas y germánicas.

El antisemitismo, o más exactamente el antijudaísmo tiene sus raíces espirituales en ese mito germánico que se manifiesta con prístina claridad en la filosofía de Hegel y de Nietzsche, quienes no pueden por menos que odiar al Dios de los hebreos y a los profetas de Israel, antecedentes de la doctrina de Jesús de Nazaret, quien enseña la superioridad de la misericordia y de la paz.

Enseñar la excelencia de la guerra equivale a profesar que el mundo es malo, resultado de una tragedia, y que no merece ser amado. Jesús, naturalmente, hace una distinción entre el “mundo”, obra creadora de Dios, y el “mundo” como sistema imperante de explotación de los débiles por parte de los fuertes.

Quienes hacen la paz prolongan la obra de la Creación. La opción por la paz es la opción por la vida de todos los seres vivientes. Quienes optan por la guerra, prefieren la muerte. Esa es la diferencia entre los biófilos (los amantes de la vida) y los necrófilos (los amantes de la muerte) por ver en ella el orden inmovilista perfecto.

La psicología moderna sabe que el problema de la guerra, desde la perspectiva de la cibernética desembocará necesariamente en la destrucción de la humanidad, a menos que alguien sea capaz de invertir dicho proceso.

Recordemos que la cibernética es la técnica del desarrollo de sistemas operativos de control, primeramente aplicados a máquinas y armamento, y hoy, mediante redes que nos vapulean minuciosamente, actúan de forma tan penetrante en sus consecuencias que afectan a las personas, la política, la economía, la estética, la psicología, la moral, la ética y todas las relaciones sociales.

Pr. Joaquín Yebra.

Ahora bien, la cibernética de una nación en guerra es idéntica a la de una persona como individuo que se querella. Se produce una movilización máxima del esfuerzo nacional bajo el efecto de las emociones, del miedo y del pánico, estructurándose todo en una retroacción positiva: Cada acto de guerra provoca actos de represalia, que a su vez refuerzan las pasiones e inducen a un nuevo esfuerzo contra el enemigo.

Las emociones estructuradas en “feed-back”, es decir, en retroalimentación autoexcitante, proporcionan la dinámica del esfuerzo de la guerra, al mismo tiempo que controlan la conducta.

Jesús de Nazaret nos muestra que el único método para liberarnos del ciclo infernal de la historia: agresión, reacción vengadora, rencor y nueva agresión, odio y nuevas represalias, y así sucesivamente, inacabablemente, es optar por la paz, por la vida, para lo que es menester salir del ámbito de los dementes políticos y religiosos tras los cuales se esconde agazapado el enemigo de Cristo y del hombre.

En el supuesto de optar por la paz, es decir, por la vida, lo cual no es muy frecuente, el método de Jesús de Nazaret para romper el ciclo infernal de la violencia consiste en que frente a la agresión, en vez de responder con otra agresión renunciemos de manera libre y voluntariamente al derecho a la respuesta violenta, a la venganza, a la contra-agresión, y asumamos sufrir la agresión y la injusticia sin responder a ellas con otra agresión y otra injusticia: Dos males jamás harán un bien: Mateo 5:38-48 (“perfectos”, griego: “teleiois”, “íntegros”); Lucas 6:27-36.

Cuando Jesús cita Levítico 19:18 descubrimos la manipulación que los religiosos había hecho de este texto.

Jesús no sólo enseñó la no violencia activa, sino que la vivió con todas sus consecuencias. Por eso no fue un colaboracionista con el imperio romano invasor de Israel, ni tampoco terrorista zelote: Mateo 26:47-56.

Jesús de Nazaret nunca mató, nunca destruyó. Su alternativa es la nueva creación, jamás la destrucción: Lucas 9:49-56.

Destruir estructuras sociales asesinas, sistemas políticos y económicos funestos, generadores de hambre y muerte, para levantar otras estructuras en su lugar es una cosa, pero destruir seres humanos es algo muy distinto.

Jesús se interesa por todos, anhela liberar al explotado y al explotador, a las víctimas y a los criminales; jamás destruye a nadie, sino que su labor se centra en curar, sanar, reestructurar, reinformar.

Jesús se emplaza en la perspectiva de Aquél a quien llama “Abbá”, “Papá” de todos; prosigue la Obra del Creador, nunca la del destructor.

Pr. Joaquín Yebra.

La inmensa distancia entre el general del ejército regular, como del terrorista, respecto a Jesús de Nazaret, radica en que aquéllos, si quieren derrotar al enemigo, no se preocuparán de los niños asesinados en los bombardeos del Madrid Republicano, ni de los de Berlín, ni de los de Londres, ni de los de Hiroshima durante la Segunda Guerra Mundial, ni de los de Vietnam, ya olvidados los bombardeos con napalm, o de Palestina o de Israel, o de Irán, Irak o Siria en nuestros días.

Tampoco se preocupará de los niños el terrorista de cualquier apellido. El terrorista y el militar comparten de manera análoga sus objetivos: Vencer matando. Para eso han sido formados y para eso han jurado fidelidad a una bandera o a una ideología. Y a más muertos, más medallas.

Jesús de Nazaret se preocupa de todos, uno por uno, y cada uno por sí mismo.

Jesús sabe también que las estructuras injustas, sociales, económicas y políticas, no pueden ser transformadas, reinformadas, sin que los corazones de los hombres sean previamente transformados.

El método preconizado por nuestro Señor Jesucristo ha sido poco experimentado, y raras veces ha sido tomado en serio, ni siquiera por las iglesias vinculadas al poder dominante. Evidentemente, no han podido enfrentarse a sus patrocinadores.

Como dice el refrán, “no existe una comida gratis”. Si nosotros no pagamos, será siempre porque alguien pagó por nosotros.

Jesús murió clavado en una cruz, lo que para muchos serviría para demostrar que su método había sido equivocado, y que su vida había sido un rotundo fracaso ante el poder impresionante del imperio de turno.

Nosotros, sin embargo, afirmamos que la crucifixión de Jesús no demuestra lo equivocado de su método, sino lo muy difícil que resulta seguirlo, a menos que hayamos experimentado el nuevo nacimiento de la regeneración.

Jesús fue ajusticiado por terrorista, aunque no lo fue. El “títulus”, es decir, la tablilla en la que por orden del lacayo romano del imperio se inscribió el delito por el que el reo era ajusticiado, decía: “Jesús Nazareno, Rey de los Judíos”, por cuanto solamente el César de Roma podía ser rey. Ese había sido el delito formal de Jesús para con el imperio romano. Para la autoridades judías, el delito había sido hacerse Hijo de Dios.

Antes de Jesús, durante su vida y después de su muerte y resurrección, fueron varios los dirigentes judíos que se levantaron en armas contra los romanos invasores. En los inicios de la era cristiana, un tal Judas el Galileo fundó un partido, los zelotes, es decir, aquellos que se sentían poseídos por

Pr. Joaquín Yebra.

el celo de Dios y la Torá. Judas lanzó la consigna de no someterse al censo general decretado por Quirino, gobernador de Siria (la Siria Palestina, que es el nombre dado por el imperio romano a la tierra de Israel).

En el año 66 d.C., los judíos se alzaron en armas contra los ocupantes romanos. Juan de Gishala y Simón bar Giora fueron los jefes de la rebelión. El 26 de septiembre del año 70 d.C., Jerusalem fue conquistada por el general Tito, que llegaría a ser César. La ciudad y las murallas fueron arrasadas, y del Templo no quedó piedra sobre piedra.

En el 132 d.C., Simeón bar Koziba fue el héroe de la segunda rebelión judía. Fueron derrotados por los romanos en el año 135 d.C.

Los muertos se contaron por centenares de miles. Jerusalem quedó prohibida para los judíos, y el emperador de Roma ordenó la construcción de una nueva ciudad sobre las ruinas de la ciudad de David, la que llamó Aelia Capitolina.

Saulo (Pablo), Kefa (Pedro) y miles de discípulos de Jesús de Nazaret sufrieron el martirio por parte de los emperadores romanos.

La doctrina del perdón profesada por Jesús de Nazaret está íntimamente relacionada con el método de romper el círculo de la violencia: agresión, reacción agresiva, nueva reacción: Mateo 18:21-35.

No sólo las palabras de Jesús de Nazaret, sino también su porte y sus actos son enseñanza de paz: Zacarías 9:9; Mateo 21:1-11.

Esta acción es una demostración de que Jesús eligió una concepción del mesianismo que no era militar, distanciada del concepto mesiánico davídico, el que tanto esfuerzo hubo de hacer Jesús para tratar de borrarlo de las mentes y corazones de sus primeros discípulos.

La guerra que sostiene el Señor no va dirigida contra los hombres para destruirlos, sino que persigue nuestro bien y no tiene otra finalidad que vivificarnos. Ese fue y es su proceso de reinformación.

Si el Señor tiene que herir al castigar, es para provocar el arrepentimiento en el corazón de los hombres: Oseas 6:1-2; Hebreos 12:4-11; Mateo 11:28-30.

La práctica de la piedad discurre por el camino de paz que Jesús preconiza: Mateo 5:9.

El mensaje de paz de los profetas del Antiguo Testamento es una clara corrección de la vida belicosa del pueblo hebreo en sus inicios y especialmente durante la conquista de la tierra promisoría.

En la historia de la teogonía, es decir, el nacimiento de los dioses, siempre se da la teomaquia, es decir, la guerra en la esfera de su pretendida divinidad. Los dioses se matan entre sí, se castran, se devoran mutuamente. Y el hombre y el mundo son resultado de esas trágicas aventuras cananeas y babilónicas.

Nos unimos a quienes se inclinan por pensar que existe alguna relación entre la teomaquia y la tauomaquia. Pero eso lo dejamos para otro estudio.

Los profetas hebreos rechazaron esa teología, y lo mismo hizo Jesús de Nazaret, nuestro Señor. Los constructores de la paz son los discípulos de Jesucristo: Juan 14:27.

La excelencia de la paz preconizada por Jesús ha sido considerada siempre como doctrina para los débiles, para mujeres y niños, pero la paz es la herencia de Jesucristo para sus discípulos: Juan 14:27; 16:33.

Sin embargo, la paz del Señor no excluye la realidad de la persecución de los verdaderos discípulos de Jesucristo.

La Justicia del Reino de Dios tropieza con una resistencia por parte del hombre en general, y de los dirigentes en particular, que muy frecuentemente se vuelve tenaz, violenta, agresiva, cruel y derramadora de sangre.

Los profetas hebreos experimentaron en su propia carne esa resistencia, hasta morir por su causa: Mateo 5:10-12.

Nuestro Señor Jesucristo aludió muchas veces a esa realidad de resistencia violencia, y advirtió a sus discípulos que tropezaríamos con ella si compartíamos viviendo y proclamando su doctrina: Mateo 23:37.

Jesús se identifica como Aquél que en el transcurso de los siglos quiso reunir a los hijos de Israel que se distanciaban de Él.

La persecución que conocieron los profetas de Israel fue dolorosa. Recordemos las lamentaciones de Jeremías, cansado, agotado por la incesante hostilidad por causa de la Palabra que Dios le encargaba transmitir al pueblo.

El profeta fue insultado, apaleado, encerrado en una mazmorra, amenazado y condenado a muerte.

Llegó el momento en que Jeremías quiso dejar de profetizar: Jeremías 20:7-18.

Jesús afirma que quienes son así perseguidos por transmitir sus enseñanzas son bienaventurados, pero serán inevitablemente perseguidos.

Pr. Joaquín Yebra.

Ahora bien, la bienaventuranza no radica en el hecho de ser perseguidos, sino porque la persecución que sufren, la resistencia violenta con que tropiezan, demuestra que enseñan la doctrina de Dios contra viento y marea: Mateo 5:10-16.

La resistencia con que tropieza la predicación del verdadero Evangelio de Jesucristo, el Evangelio Eterno, en el mundo constituye un signo, una prueba, un criterio ineludible.

Los falsos profetas jamás tropiezan con resistencia alguna cuando enseñan por cuanto su doctrina se adapta a la voluntad común.

Asumen la voluntad imperante, la abrazan, la adoptan, la halagan, la hacen suya.

Por el contrario, el profeta auténtico, el que no habla por su propia cuenta, sino de lo que el Espíritu de Dios ha sembrado en corazón, enseña contra la corriente dominante. Y el enfrentamiento es inevitable.

Lo que el verdadero profeta enseña no es deseado, ni esperado, sino detestado por el mundo y sus poderes.

La iglesia formada por el remanente fiel tendrá siempre que sufrir siguiendo a Jesús de Nazaret y su verdadera doctrina o bien traicionarle buscando el favor del sistema mundano, entrando en maridajes desiguales.

Como el pobre que lo es por propia voluntad y como el que se esfuerza por construir la paz, el perseguido a causa de la justicia del Reino de Dios y a causa de la verdad es bienaventurado, porque coopera con la Creación Divina.

Como lo prueba la experiencia histórica, y pese a los sufrimientos soportados, quienes trabajan en este sentido conocen que la alegría del Espíritu Santo es signo y criterio de victoria.

\*\*\*\*\*



## **7. JESÚS Y EL PRIVILEGIO DE LA INFANCIA.**

---

La doctrina de Jesús de Nazaret siempre apunta en dirección contraria a las opiniones más arraigadas en el mundo, de entonces y de hoy.

Tengamos muy presente que los gobiernos de este mundo están todos bajo la influencia del príncipe de este sistema, es decir, bajo Satanás.

En oposición a los criterios más sensatos del mundo, Jesús enseña el privilegio y la dicha de los empobrecidos, de los perseguidos y maltratados.

Una de sus enseñanzas al respecto es el privilegio de la infancia.

Jesús enseña que los niños aventajan fácilmente a los sabios y a los entendidos en lo que concierne a las cosas del Reino de Dios, a la comprensión de lo que es más importante y fundamental, a la comprensión de las cosas esenciales de la existencia.

Así como es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja de remendar redes, que un enriquecido acceda a la economía de la génesis de la humanidad santa y nueva, es decir, el Reino de Dios, así también es más difícil que un hombre bien arraigado en el mundo y sus valores pueda comprender las leyes y maravillas de esa nueva creación actualmente en curso y que enseña el Evangelio del Reino y de la Gracia de Dios.

Un niño, en cambio, entiende y comprende todo eso sin ninguna dificultad.

Ese fenómeno no es exclusivo del Evangelio. Quienes enseñan matemáticas afirman que los niños de diez a doce años comprende con mucha más facilidad el pensamiento y razonamiento matemático que los adultos. Los que enseñamos una segunda lengua afirmamos lo mismo. Es una cuestión de estructura mental. Mateo 11:25-30; Lucas 10:21-24.

Casi todos los intelectuales que han rechazado la doctrina del Evangelio de Jesús, lo han hecho por estar demasiado llenos de sí mismos y de su cultura.

Igual que tratándose de la piedad, han considerado y consideran la doctrina de Jesucristo propia de niños y de seres débiles. No advirtieron las

Pr. Joaquín Yebra.

maravillas ocultas en las “meshalim”, las parábolas del divino rabino crucificado.

Al igual que los antiguos profetas de Israel, Jesús de Nazaret desconcierta a los sabios y prudentes contrariando sus esquemas de pensamiento y sus planes y previsiones más razonables, invirtiendo sus escalas de valores y haciendo que prevalezca la paradoja de la victoria de la debilidad sobre la fuerza, en las condiciones más improbables e inverosímiles desde el punto de la sabiduría humana.

Dios hace que una horda agotada y hambrienta de hebreos cautivos y oprimidos bajo la garra del imperio faraónico, desarmados y faltos de instrucción y estrategia militar, derroten al ejército del imperio más poderoso del momento histórico.

Dios hace que David, adolescente, abata con su honda pastoril al gigante filisteo. Ese es su método. Por ese fenómeno es conocido. Así se manifiesta en la historia y así se da a conocer el Eterno.

Celebramos la liberación del pueblo hebreo en la fiesta de la Pascua, el Nuevo Testamento afirma que nuestra Pascua es Cristo, y no terminamos de percatarnos de la hondura de lo que significa.

Jesús nos enseña que Dios frustra la sabiduría de los sabios y la ciencia de los filósofos cuando da a comprender a los niños lo que los sabios más ilustres no han entendido.

Alguien puede ver en todo esto una especie de broma, el sentido de humor de Dios, pero lo que queda evidenciado es que Jesús se estremece de gozo ante esta paradoja: Mateo 18:1-14; Lucas 18:15-17.

¿Cómo interpretar este privilegio de la infancia enseñado por Jesús, y cuál es su significado?

Tenemos que volver a la perspectiva de la Creación. El niño es un ser que acaba de ser creado. No ha envejecido aún. No se ha degradado todavía. Sus instintos son aún potentes. Su sentido de la verdad y de la justicia, aún no se ha adulterado.

No ha transigido aún. Todavía no ha consentido en compromiso alguno. No se ha resignado todavía. No está cansado de la vida. No se siente abrumado por la tristeza invencible en la que hallan inmersos numerosísimos hombres y mujeres adultos.

El niño está todavía muy cercano a la fuente de la vida, al origen de la existencia. Es más apto que nadie para comprender la doctrina que mana de la fuente del ser, porque su “mensajero” está aún muy cerca del Creador: Mateo 18:10-11.

Pr. Joaquín Yebra.

Lo que se ha perdido en el hombre es el niño, quien desde la perspectiva hebrea representa la creación nueva, salida de las manos de Dios; una creación nueva que no ha conocido todavía la degradación.

Como decía Tomás de Aquino (1224-1274): “La perfección está en la juventud.” Esta es una verdad asumida hoy por todos los psicólogos y biólogos. La juventud es el período en que se es capaz de crear, de adaptarse, de inventar, de evolucionar, de comprender lo nuevo.

La vejez, por el contrario, es el período de la vida en que ya no hay creación, ni adaptación, ni invención, ni capacidad de comprensión de lo nuevo.

El cristianismo organizado e institucionalizado ha enseñado y sigue haciéndolo, que, como decía el reformador Martín Lutero, “tras el pecado original, nada sano subsiste, nada que no esté corrompido, en el cuerpo y en el alma del hombre, en sus fuerzas internas y externas...”

Por la caída de Adam, la naturaleza y la esencia del hombre están totalmente corrompidas...

El pecado original es una horrenda y abominable enfermedad hereditaria por la que toda la naturaleza está corrompida...

En la naturaleza humana, el pecado original no es solamente la ausencia de todo lo que es bueno en el orden de las cosas espirituales que se refieren a Dios.

Es también, por oposición a la imagen de Dios que el hombre ha perdido, la corrupción profunda, pernicioso, horrenda, insondable e inexplicable de toda la naturaleza y de todas las fuerzas del hombre, en particular de las más elevadas y nobles facultades del alma, de la inteligencia, del corazón y de la voluntad. A partir de la caída, el hombre hereda de sus padres una malignidad innata y un corazón impuro, unos apetitos malvados y unas inclinaciones perversas...

La Palabra de Dios da fe de que el corazón y la voluntad del hombre natural, no regenerado, no solamente están apartados de Dios, sino que además se han vuelto contra Dios, encaminándose hacia todo lo que es malo y mostrándose radicalmente depravados.

De otro lado, el hombre no sólo se encuentra enfermo, débil, inepto y muerto para el bien, sino que, además, resulta tan lamentablemente pervertido, emponzoñado y corrompido por el pecado original, que, por naturaleza, acaba por ser enteramente malvado, rebelde a Dios y enemigo de Dios.”

Hasta aquí las palabras del reformador. Si se cree en semejante cuadro, y no somos capaces de llegar a comprender que el hombre llega a ser corrupto, y somos capaces de ver una naturaleza totalmente corrupta y viciada en un Pr. Joaquín Yebra.

bebé, en una niña o un niño en su tierna infancia, sería mejor ponernos en manos de un buen psicólogo, ya que no hemos sido capaces de comprender las palabras, actitudes y acciones de nuestro Señor Jesucristo.

Desde la perspectiva de la cristiandad que dimana de la Reforma de siglo XVI, difícilmente podremos comprender cómo nuestro Señor Jesucristo ha podido enseñar el privilegio de la infancia, desde el punto de vista del conocimiento de los secretos del Reino de Dios en trance de formación, e incluso desde el punto de vista del ser.

Las palabras que hallamos en el libro del profeta Ezequiel 18:4-20 pueden ayudarnos mucho en la comprensión de este asunto.

¿Cómo ha podido afirmar Jesús de Nazaret que los “ángeles”, los “mensajeros” de los niños, están todavía próximos al Creador, y siempre ven el rostro de Dios?

A nuestro juicio es necesario elegir entre el concepto luterano, y por tanto protestante, del pecado original y la enseñanza de la infancia que nos llega de Jesús de Nazaret.

A decir verdad, nosotros no tenemos ninguna duda al respecto, por lo que nos quedamos con las enseñanzas de nuestro único Maestro, el Cristo.

Creemos que es imposible mantener ambos puntos de vista a la vez.

Tomás de Aquino afirmaba que “lo que es natural al hombre (lo que es creado y constituye la naturaleza del hombre) no es suprimido ni añadido por el pecado” (“Summa Theologica”, I, q. 98, a. 2:

“Ea enim quae sunt naturalia homini, neque subtrahuntur neque dantur homini per peccatum”).

El pecado no disminuye ni un ápice la excelencia fundamental de la naturaleza humana.

El pecado no hace del ser creado, del niño, un monstruo desnaturalizado.

El niño que acaba de ser creado es excelente, precisamente porque acaba de ser creado y no ha envejecido todavía.

La información dada por el Creador es aún fresca y activa. El pecado alterará más adelante lo que le fue dado por creación. Provocará el envejecimiento y la tristeza en la que viven sumidos millones de seres humanos en nuestros días.

\*\*\*\*\*

## **8. JESÚS Y LOS LAZOS DE LA SANGRE.**

---

Parece que Jesús daba más importancia a los lazos de orden espiritual que a los lazos de la sangre, según se desprende de Mateo 8:21-22.

¿Qué significado tienen estas palabras? Entre otras posibles interpretaciones, parece que quienes se sienten fascinados, absorbidos y preocupados por los ritos funerarios están ya espiritualmente muertos.

Parece que los ritos funerarios que tanta importancia tenían y tienen para muchos, para Jesús no tenían importancia, por cuanto el Dios de Abraham es el Dios de los vivientes –Dios de vivos- y no de los muertos, y que esos ritos tienen menos importancia que seguir al Maestro.

Un día en que María, la mamá de Jesús, y sus hermanos deseaban ver a Jesús, pero no podían acercarse a Él, respondió substituyendo los lazos físicos por lazos de un orden totalmente diferente: Mateo 12:46-50.

Lo mismo vemos cuando una mujer entusiasmada ante las enseñanzas de Jesús, le expresó su admiración: Lucas 11:27-28.

Para seguir la Verdad, y para seguir al Maestro que la enseña, uno debe preferir la verdad a los lazos humanos físicos. Esto puede ser a veces desgarrador, pero es condición para ser discípulo de Jesucristo.

La Verdad de Jesucristo puede suscitar divisiones y separaciones en todas las unidades sociológicas humanas. Es un hecho probado por la experiencia: La Verdad divide: Mateo 10:34-39; Lucas 14:25-27.

En el Evangelio según Juan encontramos una escena muy conocida que nos muestra igualmente la preferencia de Jesús de Nazaret por los lazos espirituales sobre los físicos: Juan 2:1-11.

En el libro del profeta Amós tenemos una referencia que nos muestra la superioridad de los lazos espirituales sobre los lazos de la sangre.

El vínculo del Señor con Israel no es biológico sino espiritual. La Alianza no es una relación natural, sino sobrenatural: Amos 9:7.

Asimismo, Yohanán, Juan el Bautista, que vivía como asceta en el desierto de Judá, impugnó la idea que los judíos de la época se habían forjado de la filiación que los vinculaba a Abraham.

También en este caso, el profeta Juan el Bautista, al igual que Amós ocho siglos antes, enseña la libertad soberana de Dios y la índole espiritual, no biológica, del vínculo real que une a los miembros del pueblo de Dios con Abraham, amigo del Eterno y padre de la fe: Mateo 3:1-12.

Lo que aquí se pone en entredicho es toda la concepción de la naturaleza de Israel.

Por eso es que el cisma entre Israel y la “qehila”, la “asamblea”, que en griego nos llega como “ekklesía”, convertido en castellano como “iglesia”, ese cisma se producirá más adelante, y continúa hasta nuestros días, entre otras causas por una diferencia en la interpretación de lo que es antológicamente Israel, es decir, desde el estudio de la naturaleza del ser.

¿Qué es Israel? ¿Raza? ¿Pueblo? ¿O asamblea espiritual de los discípulos pertenecientes a todas las naciones y pueblos de la Tierra, simiente de Abraham? Génesis 12:1-3; Isaías 54:17. (“Salvación”, “Yeshúa”, latinizado “Jesús”).

Si hemos comprendido bien lo que es Israel, en el pensamiento de los profetas y de Jesús de Nazaret, uno no pertenece a Israel, a la semilla de Abraham, como se pertenece a una nacionalidad de este mundo. Génesis 22:15-18.

Israel no es antológicamente un pueblo como los demás, sino un pueblo constituido y definido genéticamente por una Alianza Divina, un Pacto de índole espiritual, no por vínculos de sangre, sino por fidelidad espiritual a esa Alianza establecida por el Dios Eterno..

Una cosa es la descendencia física respecto a un antepasado que ha comunicado lo que los biólogos llaman hoy “una información genética” en el acto de la procreación, y otra cosa muy diferente es la descendencia espiritual respecto a un Maestro que ha transmitido una información que no es biológica, sino genética y creadora a otro nivel y en otro orden, el del espíritu.

De ahí surge la necesidad de que el descendiente escuche, comprenda, consienta, acepte y haga fructificar la semilla recibida, es decir, la doctrina transmitida: Juan 6:63.

De ahí que nuestro Señor Jesucristo nos haya dicho que las palabras que Él ha hablado son espíritu y son vida: Juan 6:63.

Una cosa es el “hijo” (“berá” en arameo) según el orden biológico, y otra distinta es el “berá”, según el orden espiritual y libre. Israel proviene del orden espiritual. De ahí que su llamamiento sea a la universalidad, más allá de todas las peculiaridades nacionales y raciales.

Jesús de Nazaret nos enseña la universalidad de la vocación de entrar en la economía de esa humanidad nueva cuyo primer exponente fue Abraham: Mateo 8:5-11; Romanos 9:6-8, 25.

\*\*\*\*\*

## 9. JESÚS Y EL ESTADO.

---

La libertad absoluta de Jesús de Nazaret se evidencia en su actitud hacia el estado, la cual puede contemplarse como desenvoltura o indiferencia.

Recordemos que Jesús vivía en un país ocupado por una potencia extranjera: Roma. Este es un dato que no debemos olvidar en nuestro estudio de los Evangelios.

Hagamos un breve repaso de las fuerzas existentes en la sociedad de la que Jesús de Nazaret formó parte. Los herodianos eran los partidarios de la familia de Herodes, la dinastía reinante, clase acomodada, y, naturalmente, eran partidarios de Roma, es decir, colaboracionistas con el invasor.

Los zelotas eran, por el contrario, la resistencia violenta al poder invasor romano.

Los fariseos se acomodaban a la ocupación romana, pues para ellos lo importante era la fidelidad a la Torá y la conservación del Templo, máximo icono de la identidad nacional hebrea.

Además de las cargas indirectas que pesaban sobre todos los ciudadanos del imperio romano –peajes, aduanas, tasas sobre las herencias y sobre las compra-ventas, etc.- existía también la obligación de pagar el “tributum” (tributo) al emperador.

Los judíos odiaban ese tributo y los zelotas insistían en la necesidad de negarse a pagar dicho impuesto. Mateo 22:15-22.

La trampa de la pregunta que le formularon a Jesús consistía en que si Jesús decía que sí era lícito pagar el tributo, se ponía al lado de los colaboracionistas, y tomaba posición contra los zelotas, contra la resistencia; si decía que no era lícito pagarlo, se ponía entonces al lado de los zelotas, y consecuentemente podía ser acusado de resistente al orden establecido, y de apoyar a los terroristas.

Jesús estimaba que su función estaba por encima de zelotas y colaboracionistas.

Jesús apartó de la idea mesiánica el sentido nacionalista de venganza.

Pr. Joaquín Yebra.



Para expresar la tarea que el Padre le había prescrito, Jesús se sirvió de la idea de Hijo del Hombre y no de la idea de Mesías Político, al estilo davídico.

Es cierto que nunca rechazó el título de Mesías, pero siempre evidenció una reserva categórica cuando fue designado con dicho título. Por eso, cuando le llamaban Mesías, Jesús imponía silencio.

¿Dónde aparece la idea de Hijo del Hombre? Daniel 7:13-15.

La actitud de Jesús respecto al estado, la nación, las autoridades políticas, evidencia siempre su decidido propósito de mantenerse constantemente en otro orden y en otra perspectiva.

Jesús no condena estas realidades, pero no es un jerarquista atado por ellas. De ahí que resulte anarquista ante los sostenedores y sostenidos por el sistema imperante.

Todos cuantos mantenemos esa postura crítica somos objeto de la misma acusación, y resultamos poco agradables a quienes viven o simpatizan del sistema imperante, convencidos de que no puede haber otra forma de constituirse en estado.

A Jesús le importa otra cosa. Su misión no es fortalecer el sistema sino transmitir una doctrina vivificadora.

Las tentativas posteriores de integrar el cristianismo y enfeudarlo en el marco de una nación serán siempre mortales para la fe cristiana, por cuanto ésta no puede satisfacer ni al teórico del nacionalismo integral ni al teórico de la revolución.

La doctrina de Jesús versa sobre la creación de la humanidad y se esfuerza por aportar a esa humanidad la ciencia necesaria para que pueda consumarse normalmente, conforme a los designios del Creador.

El marco del nacionalismo es demasiado estrecho para poder contener esa perspectiva universal y sobrenatural al mismo tiempo. Ningún nacionalismo puede contener dentro de sus límites el fermento evangélico. Éste hace estallar todos los marcos que puedan imponérsele.

Por la misma razón, Jesús evidencia la más absoluta libertad no sólo respecto a los vínculos de la sangre, los vínculos del parentesco biológico, respecto al estado y al nacionalismo, sino también respecto a la religión establecida.

Los antiguos profetas, Amós, Oseas, Isaías, Jeremías, habían manifestado también una total libertad respecto a la religión establecida de su tiempo: Oseas 6:6.

Pr. Joaquín Yebra.

Lo que los grandes profetas de los siglos VIII y VII a.C. criticaban a Israel era su concepción arcaica de la religión, la que para ellos obstaculizaba el crecimiento de la revelación en toda la humanidad, por cuanto la mantenía encerrada dentro de los valores tribales en que nació, y entre los que había ido degenerando lenta pero progresivamente.

Jesús se emplaza precisamente en la tradición de aquellos grandes profetas que impulsaron el desarrollo de la teología hebrea y vislumbraron su universalidad.

Aquí conviene que tengamos presente que toda evolución, todo desarrollo, tropieza siempre con resistencia, tanto en el orden de las ideas, como en la ciencia, el orden político y también en el orden teológico.

Esto podemos fácilmente constatar en el estudio de la historia.

La prueba la tenemos en las propias palabras de Jesús al decirnos que Él no ha venido a abrogar (“katalysai”, “abrogar”, “abolir”, “anular”) la Ley ni los Profetas, sino que ha venido a cumplir (plerosai), “cumplir”, “dar cumplimiento”, “completar”).

Veamos el ejemplo del Shabat: Deuteronomio 5:12-15.

En un mundo aplastado y atormentado por el trabajo –entiéndase, no el trabajo como bendición divina, sino por el trabajo degenerado en producción-, un mundo atormentado por la producción de la riqueza sólo para los poderosos, el Shabat, el Santo Día de Reposo, cumple un sentido eminentemente liberador.

Significa que el hombre no sólo vive de pan; que el trabajo no pasa de ser un medio, y que no es un fin; que el hombre tiene por objetivo algo más allá de trabajar.

El Shabat es un regalo de Dios que ofrece un saneamiento, una obra de sanación.

Por eso Jesús no pretende abolir el Shabat, sino evitar las envolturas supersticiosas en que había llegado a estar metido, y restituir al Shabat su significado auténtico. Mateo 12:1-14; Lucas 13:10-17; Juan 5:1-18.

Muchos eruditos han creído ver en estas últimas palabras de Jesús una alusión al sentido de Génesis 2:2, de donde no se puede deducir que Dios haya dejado de crear por cansancio: Isaías 40:28; Isaías 65:17; 66:22-23.

Esto significa que el Shabat de Dios no es absoluto, puesto que Dios sigue creando hoy y creará mañana, sino, antes bien, que Dios ha terminado de poner en marcha su obra creacional, coronándola con la santidad del Séptimo Día.

Pr. Joaquín Yebra.

Cuando un niño es concebido, Dios actúa de una manera realmente creadora. La Creación no está, pues, acabada, sino que su gestación ha sido puesta en marcha. Es en ese sentido en el que Dios ha reposado.

En la mayoría de las religiones del mundo se asocia habitualmente el infortunio con la falta, con una causa culpable. Pero Jesús disocia esa relación de causalidad establecida por la conciencia humana entre la falta y el infortunio. El relato del capítulo 9 del Evangelio de Juan es una lección maravillosa al respecto.

Otro ejemplo del sentido de cumplir frente a abrogar o abolir es el tema del ayuno. Su práctica era importante en el judaísmo de los días de Jesús, pero para Jesús el ayuno no es una penitencia ni un autocastigo, sino una práctica de sabiduría orgánica, corporal, psicológica y espiritual a la vez.

Para comprender esto es menester situarnos en una antropología no dializada, en la que la desintoxicación es simultáneamente del cuerpo y del alma, por cuanto el cuerpo viviente no es más que un alma viviente, un ser que respira.

Recordemos aquí que el hombre no tiene un alma, sino que es un alma viviente, es decir, el resultado de la unión del polvo de la tierra y el soplo de vida insuflado por Dios en Adam, cuyo resultado fue “un alma viviente”.

De ahí que cuando el hálito de vida, el espíritu vital, vuelve a Dios, el hombre vuelve al polvo de la tierra.

La desintoxicación es simultáneamente orgánica, somática y psíquica. Un hombre orgánicamente intoxicado no puede ser psicológicamente equilibrado y dueño de sí mismo. Esto significa que entre el orden somático y el orden espiritual no hay fisura alguna.

Como afirmaron los sabios antiguos: “Mens sana in corpore sano”.

Los sabios de la antigüedad afirmaron que el ayuno no puede circunscribirse exclusivamente al alimento, sino a toda clase de información susceptible de ser recibida por el oído y por la vista.

Esto les hizo concluir que la desintoxicación comprende el ayuno de palabras y el autodomínio del pensamiento, es decir, ayuno no sólo fisiológico sino también psicosomático.

Es evidente que para Jesús de Nazaret el ayuno también era terapéutico, tanto desde el punto de vista fisiológico como desde el punto de vista psicológico: Marcos 9:14-29.

Que el ayuno es sabiduría y no entraña tristeza, se desprende de las palabras de Jesús en Mateo 6:16-18.

Pr. Joaquín Yebra.

Un día los discípulos de Juan el Bautista, profeta asceta, le preguntaron a Jesús por qué no hacía ayunar a sus propios discípulos: Mateo 9:14-17.

Es evidente que las alusiones de Jesús a las bodas y al novio encierran un significado muy claro para sus oyentes, conocedores de las palabras de los profetas Oseas, Amós, Isaías, Jeremías, Ezequiel y el Cantar de los Cantares, donde la figura del “novio” alude al propio Dios, y la desposada, la novia, es la figura de la virgen de Israel, la bien amada doncella que representa al pueblo.

Jesús se presenta aquí como el “novio” profético que está entre ellos y convierte aquel momento en la hora de la boda, por lo que no es momento de llorar, afligirse y ayunar, sino de festejar.

Cuando marche el amado del Cantar de los Cantares, podrán los amigos de la boda ayunar y afligirse. Jesús se identifica con aquel que en los profetas se presenta como el novio, como el amado, como el propio Señor.

Así vemos la absoluta libertad con que Jesús se conduce frente a la práctica del ayuno.

Otro ejemplo lo hallamos respecto a las purificaciones rituales: Marcos 7:1-23.

Así explica Jesús el sentido de pureza e impureza: Marcos 7:14-15; Mateo 15:10-20.

Ahora conviene aquí tener muy presente que el corazón, hebreo “lev”, no es en la Biblia, es decir, en el pensamiento semita, el órgano o sede de la afectividad, de los sentimientos en oposición a la razón, como es el caso en nuestra cultura latina, sino el antropomorfismo para la sede –el centro o núcleo- donde se elaboran las opciones fundamentales, el lugar donde brota la libertad y donde se origina el acto de la inteligencia y las decisiones volitivas.

La libertad y la inteligencia en el pensamiento semita, bíblico, son indisociables, en el sentido de que el acto de la inteligencia es un acto del que somos responsables, y tal es la razón de que de él se desprendan consecuencias.

Lo que la Biblia llama el “corazón”, en muchos casos el hebreo original emplea la voz “riñones”, se trata de lo que en el lenguaje psicológico moderno se entiende por el “inconsciente”.

Por eso es que en la antropología hebrea bíblica las opciones fundamentales que se elaboran en el corazón son tan profundas, radicales y determinantes, que permanecen ocultas en la oscuridad de la mente humana.

Pr. Joaquín Yebra.

Sólo Dios puede, pues, sondear los secretos del corazón del hombre: Jeremías 17:9-10; 11:20 (“los riñones y el corazón”); 20:12.

El Salmista ruega a Dios: Salmo 26:2 (“mis riñones y mi corazón”). Salmo 44:21.

En el lenguaje hebreo bíblico, los pensamientos suben al corazón, por cuanto éste es la fuente y el origen libre de los pensamientos que emergen de lo que nosotros, en nuestro lenguaje actual, denominamos la conciencia del hombre. Isaías 65:17 (“ni más subirá al corazón”); Ezequiel 38:10; Jeremías 7:31; 19:5.

Jesús desarrolla esta doctrina: En el secreto del corazón humano se elaboran los propósitos que el hombre llevará a cabo. Todo se forja, se concibe, nace primero en nuestros corazones.

Por eso es que Jesús compara al hombre y sus obras con el árbol y su fruto: Mateo 12:33; Lucas 6:43-45.

Entendemos lo que Jesús nos quiere decir, y a qué pureza se refiere, cuando vamos a su bienaventuranza en Mateo 5:8.

\*\*\*\*\*

## **10. LA CRÍTICA DEL HOMBRE RELIGIOSO.**

---

Las palabras de Jesús para con los fariseos, los escribas y los doctores de la ley, en definitiva, hacia los miembros de las castas religiosas, son verdaderamente fuertes.

Sin duda, estas filípicas le hicieron entrar en un conflicto muy violento con las autoridades religiosas del momento, como se desprende de Mateo 23.

Jesús no sólo describe al religioso de entonces sino al de todos los tiempos, en la medida en que el religioso tiende a incurrir en esos vicios que, a propósito de sus contemporáneos, denunció Jesús.

Aquellos no fueron ni peores ni mejores que los profesionales de la religión vendida al poder de todos los tiempos. Se trata de un análisis caracterológico.

Otro aspecto importante que hemos de considerar al estudiar la doctrina de Jesús, no recogida en los catecismos ni en las declaraciones de fe de las denominaciones cristianas, es la falsa oposición del cristianismo como religión de la caridad y del perdón frente al judaísmo como religión del rigor y la justicia.

Semejante oposición está vinculada a una concepción dualista del mundo: Como si la materia fuera mala y el espíritu fuera bueno. De esto se desprende también la doctrina de la gracia cristiana opuesta a la ley judía, basándose en una errónea interpretación de lo que es la Ley en el judaísmo.

Esa oposición entre el judaísmo y el cristianismo, desde los teóricos del dualismo, en los primeros siglos de la era cristiana, hasta los teólogos y filósofos alemanes que pretendieron “desjudaizar” el cristianismo, es en mucho aspectos absolutamente falsa.

Se basa en una total ignorancia del contenido, de la grandeza, de la riqueza y de la excelencia de la tradición hebrea, de la Ley y de los Profetas. Incluso podríamos pensar en un odio instintivo hacia todo lo que sea judío. Y en segundo lugar, se basa en un error respecto a la doctrina de Jesús de Nazaret.

Pr. Joaquín Yebra.

Hay que estar muy ciego para no percatarse de que el cristianismo continúa orgánicamente del judaísmo, su incuestionable raíz, por lo que es imposible separar y menos aún oponer judaísmo y cristianismo.

Existe, sin embargo, un desacuerdo entre judaísmo y cristianismo a propósito de la novedad aportada por Jesús.

Nuestra tesis es que la doctrina de Jesús de Nazaret no suaviza el judaísmo, sino que lo completa y destaca su exigencia: Mateo 5:17-20.

La exigencia de Jesús es mayor, como se desprende las palabras del Señor en Mateo 5:21-30.

Para nuestro Señor Jesucristo, no sólo matar constituye en asesino, sino también quien anhela matar, aunque no llegue a cometer el acto.

Dios ve los secretos de los corazones. Quien desea matar, aunque no haya llevado a cabo su propósito –ya sea porque no ha tenido oportunidad o por miedo a sus consecuencias- es un asesino.

Jesús revela que lo que le importa a Dios es el ser, el fondo del secreto de los corazones.

La exigencia de Jesús de Nazaret no sólo abarca los actos, sino también los secretos propósitos escondidos en el corazón del hombre.

El hombre, para Jesús, no es sólo responsable de sus actos, sino también de sus pensamientos, actitudes y deseos.

No puede afirmarse que Jesús disminuya las exigencias de la Santa Ley de Dios, como muchos enseñan, sino que la Palabra de Dios en Jesús llega hasta las raíces mismas del ser, hasta el fondo del corazón.

Un deseo puede ser malo, un ser puede ser malo y secretamente criminal, aun sin tener la ocasión o la posibilidad de plasmar en hechos el crimen de que es capaz.

Jesús ilumina esta región oscura del ser. Amplía las exigencias de la Santa Ley de Dios hasta llegar a las intenciones del corazón.

Si el nazismo triunfó en Alemania fue porque entre las “buenas gentes” de aquella nación, celosos funcionarios y aparentemente honrados comerciantes, médicos y otros profesionales, había un contingente de hombres y mujeres capaces de dar lugar a los campos de exterminio donde pusieron fin de la manera más cruel a millones de seres humanos como ellos: judíos, gitanos, deformes, tullidos, enfermos mentales, disidentes políticos, pacifistas y libre-pensadores.

En Mateo 5:27-30, Jesús lleva su análisis y su luz hasta las profundidades del ser. No sólo le importa el acto, conocido públicamente, sino también y primordialmente el fondo del ser.

La doctrina de Jesús no es sólo sobre las costumbres. Al Señor no le importa primordialmente el buen orden de la sociedad, las costumbres objeto de la moral y la ética. Sino el verdadero ser interior de los hombres.

Por ejemplo, en el texto de Deuteronomio 24:1-4 se dan las reglas a seguir cuando un hombre repudia a una mujer con la que se ha casado. Jesús muestra que no es normal la separación entre un hombre y una mujer que se han unido en matrimonio. No es conforme a la norma original, el propósito de Dios. Mateo 19:1-6.

Entonces los fariseos le replican a Jesús con esta pregunta: Mateo 19:7.

Y Jesús les responde diciendo cuál fue la causa de la carta de divorcio establecida en la legislación mosaica: Mateo 19:8-12.

Veamos la legislación apostólica al respecto de lo que estamos viendo: 1ª Corintios 7:7-11, 12-17, 26-28, 32-36, 39-40.

\*\*\*\*\*



## **11. EL MAYOR MANDAMIENTO, LOS LUGARES DE CULTO Y LA ORACIÓN.**

---

Cuando algunos leguleyos judíos preguntan a Jesús cuál es el Mayor Mandamiento de la Ley de Dios, nuestro Señor responde con Deuteronomio 6:5 y Levítico 19:18.

Su pregunta es capciosa, al igual que en todas las de más ocasiones en que se dirigen a Jesús con ánimo de tentarle y hacerle caer en alguna contradicción.

Jesús muestra que ambos Mandamientos están indisolublemente ligados entre sí: Mateo 22:34-40.

Ahora bien, si fuera cierto que el cristianismo se reduce al amor a nuestro prójimo como a nosotros mismos, nada tendría de novedosa la fe de Jesucristo, por cuanto el Mandamiento ya está comprendido en la Santa Ley de Dios.

Pero ¿qué es amar? ¿Una mera cuestión de sentimientos y afectividad?

Para Dios, según revela su Hijo Jesucristo, amar es participar en la acción creadora de Dios.

Por eso se nos dice que Dios es Amor, y que quien ama a conocido a Dios, y quien no ama no conoce a Dios, por cuanto Dios es Amor.

El “agape” creador, es decir, el amar sin esperar nada a cambio, el amor no transaccional, es la causa eficiente y eficaz de la existencia de todos los seres que formamos el Universo.

Y esa existencia, según se revela en las Sagradas Escrituras, no es el resultado de un cataclismo, ni es una apariencia, una ilusión.

Tampoco es la consecuencia de una degradación, ni de una modificación, ni de una alienación de la substancia divina, sino resultado de un acto creador libre, consciente, querido y amoroso.

El fundamento del ser visible, la razón misma del ser visible, su causa y su explicación última, es el “agape” creador de aquel de quien dijo un discípulo de Jesús de Nazaret, Juan, en su Epístola Universal estas palabras: 1ª Juan 4:7-21.

Cuando asumimos que el “agape” creador es el principio del ser de los seres, comprendemos mejor por qué matar o destruir un ser creado es un acto contrario al “agape” creador.

En resumidas cuentas, todo cuanto destruye la creación, todo cuanto obstaculiza su curso, su realización, su cabal consumación, es un crimen contra el “agape” creador, una inversión ontológica respecto al sentido del acto creador divino por el que se da lugar a la existencia.

Si el “agape” creador confiere semejante valor a los seres que ha creado, es comprensible que Dios, el “agape” creador, deteste todo acto que destruye. Así podemos acercarnos al Mandamiento de la Santa Ley de Dios que dice: “No matarás”.

Amar a los seres que constituyen la creación equivale a rendir homenaje al Dios “agape” creador. Por el contrario, explotarlos, maltratarlos, envilecerlos, destruirlos y aniquilarlos, es despreciar la obra de Dios.

En este sentido se comprende de un modo velado, con la humildad de Dios, que el amor a Dios y el amor a los seres sean actos que Jesús considera semejantes, análogos.

Respecto a los lugares de culto, en el Evangelio según Juan hallamos la transcripción de un diálogo entre Jesús y una mujer samaritana, en el que se revela el sentido de la adoración que tenía Jesús de Nazaret y su pensamiento respecto a los lugares de culto.

En esto, como en todas las demás cosas que estamos considerando, los lugares de culto tenidos por “santos” no tenían ninguna importancia para nuestro Señor. Juan 4:1-24.

Es como si Jesús nos advirtiera que la defensa de la santidad de unos lugares sobre otros han sido y siguen siendo motivo de muchas luchas entre hermanos, y grandes derramamientos de sangre en el nombre de Dios.

Respecto a la oración, es sabido que es una característica de las religiones organizadas multiplicar oraciones, prolongar plegarias, y repetir preces pensando que de esa manera los fieles serán mejor atendidos por Dios.

Jesús, sin embargo, enseña a orar a los suyos con una plegaria corta, clara y sencilla, asegurando que no agrada a Dios la palabrería. Se trata de un claro “kadish” hebreo registrado en Mateo 6:5-15.

Pr. Joaquín Yebra.

El “kadish” es una plegaria rabínica construida sobre lo que acontecerá en la Redención al final de estos tiempos. Los textos sobre los que se basa son Ezequiel 38:23 y Zacarías 14:9.

Estas reflexiones sobre el Mayor Mandamiento, los Lugares de Culto y la Oración nos ayudan a comprender la actitud adoptada por nuestro Señor Jesucristo frente a la religión establecida en sus días.

Jesús no ha venido a abrogar, es decir, a abolir la Santa Ley de Dios, perfecta y eterna, ni el mensaje de los Profetas, sino a completar, a consumir, a dar plenitud a sus enseñanzas.

Jesús no ignora la importancia del Shabat, del ayuno, de la oración, de la reverencia en los lugares donde el pueblo se congrega a adorar.

Incluso se somete al bautismo de Juan. Pero Jesús clarifica que el Shabat es para el hombre, y no el hombre para el Shabat...

Que el Shabat es, como todos los demás Mandamientos de la Santa Ley de Dios, para humanizar al hombre, para liberarlo, no para hacerle esclavo de una práctica cuya finalidad es precisamente la libertad.

Jesús sigue los ritos hebreos, por cuanto es el judío Jesús, pero enseña claramente que todos ellos son medios y no fines en sí mismos.

Jesús sienta las bases para que sus discípulos lleven adelante la expansión del monoteísmo hebreo a las demás naciones paganas.

Para ello será necesario prescindir de algunas prácticas rituales.

Esa actitud marcaría la distancia entre la sinagoga y la cristiandad.

Paradójicamente, la negativa de la mayoría de los judíos a seguir a Jesús de Nazaret ha permitido a las naciones paganas entrar en la economía del monoteísmo nacido en el gentil Abraham, igualmente paradójico “padre de la fe” del pueblo de Israel y de su herencia la cristiandad.

El endurecimiento en parte y provisional de unos ha constituido la salvación de la multitud. Génesis 17:4-5 (“Abram”, “Padre enaltecido”; “Abraham”, “Padre de una multitud”); Génesis 18:17-18; 22:18.

\*\*\*\*\*

## **12. JESÚS Y LA MORAL.**

---

Hemos visto hasta hora la actitud de Jesús hacia las ideas recibidas, los valores imperantes, las mentalidades instituidas, los lazos de la sangre, los vínculos del parentesco, la religión establecida y el estado.

Es evidente que Jesús escandalizó a las autoridades y a los profesionales de la religión establecida por desacralizar las normas. Con respecto a la moral, sucedió y sucede exactamente lo mismo.

Jesús frecuenta gentes y lugares de “mala vida”, incluso de pésima reputación, tales como pecadores públicos y personas de moralidad dudosa. Esto le distancia del moralismo puritano de las castas religiosas, de los que a nosotros nos gusta denominar “los decentes de toda la vida”.

Jesús se presenta donde es necesario para curar, sanar y liberar. Su misión no es juzgar, sino regenerar y crear. Juan 3:16-17.

Esa debería haber sido la labor de la Iglesia durante estos dos mil años de historia del cristianismo, en lugar de juzgar y condenar.

Entre los de pésima reputación estaban los llamados en griego “telonai” y en latín “publican”, transliterado al castellano como “publicanos”, es decir, “arrendatarios de impuestos”.

Tenían un pésimo nombre en el mundo griego, y entre los hebreos eran considerados agentes al servicio de los romanos invasores, para quienes recaudaban los impuestos.

El “telonion” era la oficina en la que se percibía el “portorium”, en el que iban incluidos los impuestos de aduana y peaje. Había un “telonium” en Capernaum (Cafarnaum), porque la ciudad estaba situada en los límites de los estados (reinos) de Herodes Antipas y de su hermano Filipo.

Los impuestos del “portorium” entraban en las arcas del tetrarca Herodes, no en las de los romanos. El impuesto no era recaudado por funcionarios reales, sino que la recaudación era confiada por el tesoro a unos individuos encargados de percibir las tasas.

Pr. Joaquín Yebra.

Éstos a su vez contrataban a personas para dicho cobro y denunciar los fraudes. Marcos 2:13-17; Lucas 19:2-10.

Jesús se dirige a ambientes de pésima reputación por cuanto quiere llevar la salvación a cada ser humano. Su punto de vista difiere completamente del adoptado por la “moral” del sistema establecido.

La “moral” se ocupa de establecer reglas universales de conducta que permitan sobrevivir a la sociedad. Pero Jesús se preocupa de regenerar a los hombres, y en primer lugar a quienes más urgentemente lo necesitan.

Desde esta perspectiva vamos a recordar las parábolas de Jesús en Lucas 15:1-32.

Hasta qué punto Jesús no actúa como un purista o puritano, podemos verlo en la escena evangélica de Lucas 7:36-50; Mateo 21:31.

La justicia (hebreo: “tzedaká”) no reviste única ni primordialmente un sentido jurídico, sino ante todo un sentido ontológico. Se trata de la justicia del ser viviente, de su verdad interna, de la plenitud de su ser y de su vida, de su santidad que es vida.

En su sentido bíblico, no hay diferencia entre “justicia” y “santidad”, y su acentuación recae en la vitalidad, en la vivencia.

Esto puede ayudarnos a comprender que lo que en el Nuevo Testamento se llama “justificación” significa “vivificación”, y hace referencia al ser, mucho antes que a la conducta. Es posible tener una conducta moralmente recta y jurídicamente irreprochable, y estar sin embargo muy lejos de la “justicia” según Dios.

Jesús enseña que entre un hombre perfectamente moral y virtuoso, pero lleno de sí mismo, satisfecho de sí mismo, y un hombre culpable y sabedor de que lo es, y que se reconoce como tal y anhela cambiar, habita más la justicia que en quien se cree justo. Lucas 18:9-14; 1ª Corintios 13.

Un hombre puede estar en regla con las leyes, con la ley moral, ser virtuoso, y no estar por eso justificado en el sentido revelado en las Sagradas Escrituras.

Un hombre o una mujer pueden ser pecadores, y, sin embargo, pueden ser justificados si reconocen serlo y se dan la vuelta, dejando atrás su vana manera de vivir. Esto significa que la justicia, como la entiende Jesús, no es la simple conformidad, sumisión u obediencia a las leyes morales, sino que la justicia es una vida, y esa vida sólo puede ser dada por Dios, el único Creador del ser y de la vida.

Más aún, aquel que imagina alcanzar la justicia a través de la moralidad, a través del respeto a las leyes morales, que está contento consigo mismo porque da satisfacción a la moralidad, se encuentra lo más alejado imaginable de la justicia evangélica.

Por eso dice Jesús que los ladrones y las prostitutas van hacia el Reino de Dios delante de los que se creen justos.

Reducir la doctrina del Evangelio a una moralidad es una traición a la enseñanza de Jesucristo, por cuanto la justicia no se da al hombre en función de nuestra sumisión a las leyes morales, sino en función de nuestro seguimiento a Jesucristo como discípulos, es decir, sujetos a su disciplina como Señor y Maestro.

La psicología moderna ha descubierto la realidad de virtudes falsas y virtudes verdaderas:

Hay personas que practican aparentemente el sacrificio y la austeridad, que respetan escrupulosamente los imperativos de la ley moral, tal como ellos los entienden, y evidencian virtudes admirables, pero en el fondo de sus corazones son seres áridos, como plantas por las que no circula la savia.

No hay vida en ellos. No aman. Son virtuosos porque gozan la satisfacción de la virtud y del deber cumplido.

Pero el Evangelio de Jesucristo enseña precisamente que la vida verdadera del hombre no es eso. De ahí que la mujer de mala vida que baña los pies de Jesús con sus lágrimas y los seca con sus cabellos esté más próxima a la vida que los fariseos puritanos que observan la ley moral de manera escrupulosa.

A menudo nuestro juicio sigue la moral kantiana, que es exactamente lo contrario, el punto inverso al espíritu evangélico.

(Immanuel Kant, 1724-1804: La moral describe el comportamiento que tiene su origen en la razón y no en la inclinación. Su ética formal defiende la autonomía de la ley moral, es decir, imperativos categóricos que nos indican cómo hemos de comportarnos, pero no prescripciones que la razón tome de algún lugar ajeno sino de ella misma).

La moral kantiana es satisfacción por el respeto a la ley moral, satisfacción que deja escapar lo que para el Evangelio es lo más importante de todo. El Amor. Juan 8:1-11.

Estas paradojas de nuestro bendito Salvador no han podido recogerse en los catecismos ni en las declaraciones de fe de las denominaciones cristianas precisamente porque son paradojas que violentan los patrones de comportamiento establecidos.

Pr. Joaquín Yebra.

Quienes tienen intereses en el orden de las ideas recibidas y de los valores admitidos en nuestras sociedades, no pueden por menos que odiar a ese vagabundo sin casa donde reclinar su cabeza, el que frecuentaba el trato con los crápulas y pretende que los ladrones y las prostitutas entren en el Reino de Dios antes que los que se tienen por justos y morales, antes que los religiosos respetables y las gentes virtuosas. Repetimos: “Los decentes de toda la vida”.

Aquellos que a nada están apegados, que no tienen particulares intereses en el sistema de valores vigentes en las sociedades organizadas (la familia, el trabajo, el estado, la patria, la religión, la moral), aquellos que evidentemente son gentes de costumbres dudosas –en definitiva, aquellos que no tienen nada que perder- entran más fácilmente en el Reino de Dios que los que se consideran santos, por cuanto pueden llegar a reconocer su pecaminosidad y arrepentirse, mientras que los “virtuosos” creen que no tienen nada de que echarse atrás y darse la vuelta.

Su corazón infatuado les hace creer que son mejores y superiores a los demás. Están convencidos de no tener necesidad de Cristo.

Quienes olfatean un aroma anárquico en todo esto que estamos viendo no se equivocan, creemos, en absoluto.

Y a nosotros, es justo reconocerlo, es el aroma que más nos gusta respirar.

\*\*\*\*\*

## **13. NO JUZGUÉIS.**

---

Aquí tenemos otro rasgo distintivo de la doctrina de Jesús de Nazaret: Mateo 7:1-6.

No se trata de un precepto moral ni de una recomendación de indulgencia. Se supone que quien juzga conoce perfecta y exhaustivamente al juzgado. Al menos, así debería ser.

Y aquí radica el primer error: Sólo Dios, el Creador que escruta los “riñones” y los “corazones”, conoce a un ser de modo exhaustivo, hasta en sus secretos más recónditos.

Cuando no se conoce a un ser de esa manera, no es lícito juzgarlo. De ahí que hayamos de reconocer que el juicio le pertenezca solamente a Dios.

En segundo lugar, quien juzga a un ser presupone por esto mismo que ese ser por él juzgado no puede ya evolucionar, que está absolutamente prefijado en su ser, sin posible devenir, sin posible cambio, sin posible transformación.

Quien juzga de esa manera fija y llega a petrificar en su pensamiento al juzgado. Esta clase de juicio supone lo que denominamos un cruel “fijismo”, estrechamente emparentado con el determinismo.

Este pensamiento brota de la idea apriorística de que todo ser está totalmente construido, absolutamente fijado y realizado, sin posibilidad alguna de cambio o transformación.

Este error se debe a que millones de hombres y mujeres, comprendidos tristemente muchos cristianos, ignoran que todos los seres humanos estamos en proceso de construcción, que ningún ser está fijado ni totalmente realizado, sino que todos nosotros nos movemos y debatimos entre diversas y a veces contradictorias posibilidades, donde podemos hacer uso del libre albedrío con que Dios en su soberanía nos ha dotado.

Por lo tanto, el juicio supone un fijismo inexistente que petrifica lo que es móvil. Constituye un error contra la creación inacabada.



El juicio anula las posibilidades de futuro y de transformación del ser juzgado. Detiene el tiempo. Lo que es más; lo niega.

El juicio condenatorio, frente al juicio de discernimiento, es una parada de muerte, por cuanto se somete a la ficción de que el ser juzgado es y será siempre, irrevocable e irremediamente, el mismo que hemos juzgado que es.

Al juzgar inmovilizamos, paralizamos. Por eso no podemos juzgar lo que está inacabado y se encuentra en régimen de gestación, de desarrollo, de crecimiento, de construcción.

Un ser vivo, un hombre o una mujer, puede arrepentirse, que es darse la vuelta y volver al punto en que erró el camino, para reemprenderlo en la dirección correcta.

Por eso la Sagrada Escritura nos enseña que Dios puede crear en el ser humano un corazón nuevo.

La “metanoia”, que es la palabra griega del Nuevo Testamento, que corresponde a la voz hebrea “teshuvá” en el Antiguo Testamento, es la conversión del “nous”, del infinitivo “noein”, cuyo significado es “ver discerniendo”.

El arrepentimiento es, pues, la renovación de lo más profundo que hay en el ser: la inteligencia y la libertad a la vez.

Eso quiere decir que un hombre puede convertirse en otro. Un mentiroso nunca es mentiroso de modo absoluto, ni en todas sus relaciones, ni en todos los terrenos. Y además, puede dejar de ser mentiroso. Puede renovarse y volver a ser veraz, o quizá llegar a serlo por primera vez en la vida.

Un hombre asesino nunca lo es en todos los sentidos, por cuanto siempre hay seres a quienes ama y protege. El hombre que ha asesinado no es solamente asesino. Había en él también riqueza de alma, ternura. Por eso puede dejar de ser asesino para volver a valorar la vida.

No estamos nosotros en el lugar del Creador, quien puede hacer de cualquier hombre un santo y puede sacar de las piedras hijos de Abraham. El juicio condenatorio, además de ser un pecado, constituye un error ontológico.

Además, el juicio condenatorio es un error que me condena a mí mismo, porque el implacable juicio que yo emito sobre un ser del que ignora su historia secreta, todas sus dificultades internas, el peso de los atavismos con que ha debido cargar, las luchas a las que se ha visto obligado a afrontar, siempre será un error.

El juicio por el que solidifico, inmovilizo, fijo y petrifico lo que todavía está en régimen de construcción y desarrollo, como creación inacabada, evidencia a fin de cuentas la dureza de mi corazón y la incompreensión de lo que es la creación, la creación del hombre en este caso, como mi falta de ternura y compasión hacia esa humanidad inacabada, embrionaria, que anda a tientas y aprende torpemente a existir y coexistir.

¿Por qué nos cuesta tanto admitir la posibilidad del cambio y la transformación?

No admitimos la posibilidad de cambio del otro porque nosotros mismos no estamos dispuestos a cambiar. Así es como proyectamos nuestro ser más hondo sobre aquellos a quienes nos atrevemos a juzgar.

Cuando emitimos juicios condenatorios somos como el mal jardinero que corta las flores mustias, en lugar de esforzarse por reanimarlas, o como el mal pedagogo que condena al niño torpe en lugar de ayudarlo a desarrollarse.

Por eso dice Jesús en el Evangelio que “con el juicio con que juzguemos seremos juzgados.”

La estrechez, la mezquindad y la severidad de nuestro juicio evidenciará siempre quiénes somos y hasta qué punto no comprendemos el misterio de la creación divina; ciertamente no para despejar todas sus incógnitas, que nos superan, pero sí para aproximarnos lo suficiente como para reconocerlo como misterio y adoptar en consecuencia una postura prudente.

El Apóstol Pablo escribe a los cristianos de Corinto y les dice en 1<sup>a</sup> Corintios 4:3 algo muy revelador respecto al juicio.

El hombre que ha comprendido el misterio de la creación sabe muy bien que no puede juzgar condenatoriamente a los demás, ni siquiera juzgarse a sí mismo, porque cada uno es para sí mismo tan misterioso como lo son los demás.

También advertimos en nosotros mismos fuerzas contradictorias, ese parto doloroso, ese esfuerzo por una creación inacabada.

Juzgarme a mí mismo es tan estúpido como juzgar a los demás, porque al juzgarme, me petrifico yo mismo también y hago de mí mismo un ser fijado, determinado de manera inamovible, y eso significa en el último análisis cosificarme, convertirme en una cosa susceptible de caer en el peligro de la manipulación.

Significa también ignorar todas las transformaciones que Dios puede hacer en mi vida y con mi vida, moviéndome a cooperar con Él, recibiendo mi concurso.

Pr. Joaquín Yebra.

*ALGUNAS DE LAS DOCTRINAS OLVIDADAS DE JESÚS DE NAZARET Y NO RECOGIDAS EN LOS CREDOS HISTÓRICOS NI EN LAS CONFESIONES DE FE DE LAS DENOMINACIONES MODERNAS, O ESCASAMENTE ENFATIZADAS EN LA CRISTIANDAD EVANGÉLICA ACTUAL.*

Por eso es que podemos nacer de nuevo y llegar a ser nuevas criaturas: 2<sup>a</sup> Corintios 5:17-21; Gálatas 6:15.

\*\*\*\*\*

## **14. JESÚS Y LA GÉNESIS DEL REINO DIOS.**

---

En sus parábolas (“meshalim”), Jesús enseña las leyes y la economía del Reino de Dios, su génesis, desarrollo y crecimiento de una humanidad plenamente realizada, adulta, hasta tal punto penetrada por el vida de Dios, que puede decirse de ella que está “divinizada”.

La doctrina que Jesús enseña por medio de estas analogías es una ciencia que entraña consecuencias prácticas en el ámbito de la acción.

Jesús transmite una ciencia de conocimiento, en el sentido más propio de la palabra. Se trata de un conocimiento especulativo que comprende la contemplación, y la modalidad de la acción resulta del conocimiento de lo que ya es una realidad y de lo que va a acontecer, lo que está en trance de producirse.

El conocimiento es lo primero. Jesús comienza por transmitir ese conocimiento. El Señor empieza por mostrar en qué condiciones, bajo qué modalidades, se opera la comunicación de la información de la que Él mismo es fuente y principio.

Jesús recurre a la figura del “grano”. Una semilla, como sabemos hoy, encierra unas moléculas gigantes parecidas a una larga espiral, en la que se contienen todas las informaciones necesarias, todas las instrucciones requeridas, las características y los planos para la construcción de un organismo adulto.

El organismo adulto no está contenido bajo la forma microscópica en la semilla, en el grano ni en el espermatozoide. No hay “preformación”. Pero la semilla, el grano o el espermatozoide contienen las informaciones necesarias que han de presidir la construcción del organismo. Hay, pues, “epigénesis”.

“Epigénesis”: Del griego “epi”, “sobre”, y “génesis”, “generación”, “origen”, “creación”. Teoría hoy científicamente aceptada, sobre el método por el cual se desarrolla un individuo: Un embrión se desarrolla a partir de un huevo o un cigoto que no se ha diferenciado. Es decir, no existen componentes miniatura de órganos pre-existentes en los gametos (huevo o esperma).

La epigénesis representa por tanto el proceso de “sintonización” final mediante el cual cada individuo se adapta de forma eficiente a su entorno a partir de las capacidades contenidas en su código genético. Y éstos, los genes, son parte de una red compleja de interacciones que se retroalimentan y, por ende, no actúan como entidades independientes.

Para que una semilla, un grano o un espermatozoide se desarrollen, es necesario que encuentren un “terreno” apropiado. El grano debe caer en una tierra apta para su desarrollo. El espermatozoide masculino debe tropezar con un óvulo femenino.

El virus, que contiene asimismo información genética, y la bacteria, únicamente pueden desarrollarse en un terreno apropiado.

Una enfermedad contagiosa, una epidemia, alcanza a unos, y, aparentemente, no alcanza a otros. Eso no significa que el virus o el microbio no hayan penetrado en todos los individuos de una población dada. Lo que sucede es que algunos, por el tipo de terreno que ofrecen al virus o a la bacteria, han permitido el desarrollo y la multiplicación de los gérmenes inoculados; mientras que otros individuos, por el contrario, en razón de su personal terreno fisiológico, han resistido y rechazado a los gérmenes invasores.

La dialéctica del germen y del terreno se encuentra en los dominios más variados de la existencia.

Todos los que nos dedicamos a la docencia en cualquier campo sabemos que la información impartida es recibida de diferentes formas, según el terreno que constituyen los diferentes oyentes.

Unos no escuchan porque no están interesados, otros no prestan atención porque están dispersos en sus pensamientos, otros se aburren, otros sólo escuchan ocasionalmente...

Los hay que escuchan, pero no entienden mientras que otros lo entienden al revés. Pero también hay quienes reciben y entienden la información transmitida. Sólo éstos comprenden.

Pero también es cierto que pueden contentarse sólo con comprender, y nada más. Son buenos alumnos que aprueban en sus exámenes.

Pero también hay alumnos que además de comprender son capaces de desarrollar la información recibida. Pueden hacer fructificar el germen comunicado y recibido, ir más allá y hacer nuevos descubrimientos y nuevas aportaciones. Eso es lo que llamamos “genio”, voz castellana tomada del latín “genius”, derivada de “gignere”, es decir, “engendrar”. De ahí nos llegan las voces “genital”, “genial”, “genitivo”, “ingenio” e “ingeniero”.

Pr. Joaquín Yebra.

Por eso Jesús recurre precisamente a la figura de la semilla, del grano, como elemento comparativo, para enseñarnos de qué modo se transmite la información de la que Él es la fuente.

Para que la doctrina que Él comunica sea recibida y se desarrolle, no basta con que sea impartida de palabra o por escrito, también es necesario que entre en terreno apropiado, que permita que la semilla –en este caso la doctrina- se desarrolle: Mateo 13:1-9.

Por eso es que Jesús recurre al “mashal”, a la parábola, a una realidad que todos pueden comprender. Pero hay en la parábola algo que no todos pueden recibir, por cuanto no es visible ni sensible.

Para comprender el “mashal” hay que partir de una realidad sensible conocida, pero es menester pasar de la realidad sensible a algo que no es todavía sensible ni visible.

El paso de la realidad sensible a la realidad no sensible sólo se puede hacer recorriendo una especie de “puente” que sólo el Señor puede tender: Mateo 13:10-17; Marcos 4:11.

¿Quiere esto decir que Jesús enseña para que los de afuera no comprendan?

Así interpretamos nosotros las cosas: Los misterios del Reino de Dios, de ese Reino de Vida que todavía no se ha manifestado pero que está en génesis, en proceso de formación, no pueden ser enseñados a los hombres tal como somos, si no es a partir de analogías, uno de cuyos términos ha de ser necesariamente realidades sensibles y experimentales.

Esto significa que no existe otro método para enseñar lo que no es visible todavía, como no sea el de recurrir a lo visible como término de comparación, como punto de partida.

Algunos son capaces de llevar a cabo el acto de comprensión que les hace pasar de la realidad visible y sensible a la realidad invisible y misteriosa que no se ha revelado todavía: Son los que comprenden las parábolas.

Otros no son capaces de realizar este acto. No hay en ellos la fuerza necesaria para atravesar el puente más allá de lo sensible, de lo inmediato. Mateo 13:18-23. (“entiende” es el griego “syniemi”, que es “entender”, “comprender”, pero también “concebir”, en el doble sentido de “concebir”, es decir, recibir la información y ser fecundado por ella para dar a luz, y dar fruto para llegar a multiplicarse a ciento, a sesenta, y a treinta por uno).

Pero nuestro Señor ama a todos. Unos entran muy deprisa. Otros lo hacen muy lentamente. En un mismo período unos entrarán muy temprano, desde la infancia; otros en la madurez de la vida; y otros incluso en la vejez.

Pr. Joaquín Yebra.

¿Subsistirá al final alguna diferencia en la condición de todos estos hombres y mujeres que habrán entrado en épocas distintas y a diferentes edades en la economía del Reino de Dios en esta tierra, que es el Cuerpo de Cristo?

Jesús responde que no habrá diferencias, cualquiera que haya sido la hora en que lo hayan hecho: Mateo 20:1-16.

Para Jesús el Reino de Dios no es algo que sobreviene y cae del cielo como un aerolito, de manera externa y accidental, sino que se trata de una realidad que se está forjando en el seno de la humanidad, en los corazones de los hombres.

Es como la levadura dentro de la masa para confeccionar el pan. Es como la semilla depositada en la tierra. De ahí que nuestro Señor Jesucristo use estas figuras en sus parábolas.

No tiene nada que ver con las caricaturas de un “más allá” para espíritus desencarnados, sino que es una realidad que va creciendo y desarrollándose en medio de nosotros: Lucas 17:20-30.

\*\*\*\*\*

## **15. JESÚS ESPERA FRUCTIFICACIÓN.**

---

Quien quiera salvar su vida –ahorrarla, escatimarla- la perderá, y quien consienta en perderla, quien corra el peligro de entregarla, la ganará, la encontrará más llena, más plena, más completa, centuplicada.

Esta es una ley no de moral, sino de vida. La hallamos también en la biología. Las especies que han corrido los mayores riesgos son las que han obtenido los mayores éxitos.

Las especies que han buscado la comodidad, la tranquilidad, y han eludido el riesgo, se han replegado sobre sí mismas, en una existencia disminuida y parasitaria y se han convertido finalmente en fósiles vivientes.

Esa proporcionalidad entre el riesgo corrido, la aventura intentada y el éxito alcanzado es la ley de la existencia y la ley de la vida.

La vida no es avaricia ni repliegue sobre uno mismo. La vida es comunicación, invención, descubrimiento de lo desconocido, y toda invención vital constituye un riesgo. Toda fecundidad implica salida de uno mismo, salida que es riesgo y es donación.

Por eso Jesús no enseña ninguna moral represiva, ni negativa, ni confeccionada a basa de prohibiciones, sino que enseña fundamentalmente las leyes de la fecundidad, la cooperación activa del hombre a la hora de la creación.

La exigencia de la fructificación se halla claramente expuesta en la parábola de los talentos:

“Talento”, griego “tánton”, “peso”, “balanza”, equivalente a 6.000 denarios (26 kilos de plata). Mateo 25:14-30.

El hombre de la moral protestará argumentando que al fin y al cabo, el que había guardado cuidadosamente el dinero que se le había encomendado, y lo devuelve intacto a su dueño, actúa de manera perfectamente moral.

Nada puede reprochársele, pues ha obrado conforme a las exigencias del imperativo categórico que manda no disipar un bien que no te pertenece y devolverlo intacto.

Pr. Joaquín Yebra.



Quien se conduce de esa manera es más moral que quienes han corrido el riesgo de invertir un dinero que no era suyo, con el consiguiente peligro de perderlo.

Desde el punto de vista de la moral no se comprende qué puede reprochar el amo a ese servidor fiel que le restituye pura y simplemente lo que se le había confiado. Y, sin embargo, al que devuelve fielmente a su propietario el dinero confiado es sancionado y se le quita lo que tiene. Aquí tropieza el hombre moral con la doctrina evangélica.

Pero, insistimos, estas parábolas no versan sobre lo que nuestras sociedades en los tiempos actuales denominan la “moral”, sino que tratan de las leyes genéticas de la creación y de la vida. Emplazadas en el sistema referencial de la “moral” resultan escandalosas.

En el orden de la vida, quien guarda con avaricia o con temor los dones recibidos, como el servidor prudente de la parábola, quien no los explota, quien no los hace fructificar, es un árbol seco, se vuelve estéril.

Imaginemos una semilla que quisiera reservarse para sí misma y no se comunicara. Permanecería sola, como dice la parábola del grano de trigo, y no daría fruto.

Es evidente que el señor de la parábola es el propio Dios, el Creador, que ha hecho al hombre no para mantenerle a sus pies, simplemente como un ser obediente y fiel -¿Para qué le serviría?- sino con miras a tener comunión con un ser a su imagen y semejanza, un ser creador por lo tanto, capaz de hacer fructificar de un modo original e inédito los dones a él confiados.

Dios no apetece la obediencia pasiva, de tipo militar, sino la obediencia creadora, de tipo vital, esa obediencia que hace crecer la información recibida. Toda la vida entera es exigencia de fructificación, de desarrollo y de invención creadora.

Lo que Jesús nos pide es una cooperación activa, creadora, que se une a la creación inacabada. El hombre, todo hombre -varón y mujer- recibe al nacer unos dones, unas capacidades en estado germinal. Nos corresponde a los humanos fructificar esos dones, explotarlos.

Somos llamados a hacer florecer la creación, a hacerla fructificar. Se trata del primer Mandamiento de Dios nuestro Señor: Génesis 1:26-28 (literalmente: “Hagamos hombre (‘adam’, sin artículo en el original hebreo).

En Occidente hemos sido esterilizados por morales prohibitivas, mientras que el sentido hebreo por el contrario ha propuesto una dinámica o normativa de vida, y no una moral.

Los preceptos aparentemente negativos de la Santa Ley de Dios, tales como “no robarás” o “no matarás”, tratan sobre el respeto a la vida.

El valor supremo es la vida. Se concibe a Dios como el Viviente por excelencia, quien comunica por donación el ser a los vivientes activos.

Por eso es que lo que le importa a Dios, y lo que exige, no es la existencia de muñecos o de animales serviles agazapados a sus pies. Lo que le interesa a Dios, según los textos bíblicos, es crear seres a su imagen y semejanza, es decir, seres creadores.

Esto es lo que Jesús enseña en la parábola de los talentos. Nuestro deber fundamental consiste en hacer fructificar las capacidades que hemos recibido, es decir, obrar activamente, inventar nuevas formas, crear información.

El hombre de la ética exige que aquel que ha recibido en depósito una suma de dinero, un tesoro, lo devuelva a quien se lo ha confiado. El hombre que enseña la vida, en cambio, exige que aquel que ha recibido haga valer, haga fructificar, desarrolle, acreciente, multiplique lo que ha recibido.

Aquí radica la diferencia primordial entre ambos puntos de vista. El hombre de la ética se emplaza en una perspectiva basada en el fijismo. Lo que le importa es mantener el orden establecido. Y para que el orden establecido quede salvaguardado, es necesario elevar a máxima universal y a ley moral la teoría de que quien recibe un depósito debe devolverlo intacto.

El hombre de la vida, en cambio, enseña cómo hacer fructificar la creación. Enseña que el hombre tiene la obligación no sólo de conservar y de devolver intacto, sino también de desarrollar, inventar y crear.

El hombre creado a imagen y semejanza del Creador no puede contentarse con recibir pasivamente el don de la creación. Si procede de esa manera no pasará de ser un objeto, el resultado de la cosificación.

Para hacerse realmente un ser viviente, un hombre –varón o mujer- debe cooperar activamente en la creación y cooperar de una manera creadora.

No se accede a la vida con el solo respeto a las reglas de una moral, o la sola sumisión a unos preceptos de una ley moral. Las leyes de la vida exigen algo más que sumisión y respeto, algo más que el temor. Exigen la actividad creadora y la invención.

La exigencia de la fructificación es enseñada por nuestro Señor Jesucristo en varias ocasiones y circunstancias, como es el caso del “mashal” de la higuera que no daba frutos: Lucas 13:6-9.

En el Evangelio de Juan 15:1-17 Jesús expone las condiciones para la fructificación.

Jesús es quien proporciona la información creadora. Él es la fuente. Tanto si el Reino de Dios es comparado con un árbol como si es comparado a un cuerpo viviente.

En ambos casos quien forma parte de ese conjunto viviente, el árbol u organismo, no puede vivir ni desarrollarse ni dar fruto, a menos que permanezca en el cuerpo o en el árbol, por cuanto es el organismo entero el que lleva el fruto.

Aquel que se separa del cuerpo, del árbol, del organismo vivo, no recibe la información creadora procedente del germen. Jesús es el germen:

Isaías 5:1-7; Jeremías 2:20-21; Oseas 10:1-2; Romanos 12:5; 1ª Corintios 10:17; 12:4-13, 20, 27; Efesios 1:15-23; 4:1-6, 11-12, 15-16; 5:30; Colosenses 1:17-18.

Desgajarse del cuerpo portador de la información creadora equivale a morir de inanición y caer en la esterilidad. Por eso la analogía que se nos da es de naturaleza biológica. Separados de nuestro Señor, nada podremos hacer.

\*\*\*\*\*

## **16. LA ELECCIÓN Y LA SELECCIÓN.**

---

Jesús ha dicho claramente que “muchos son los llamados, pero pocos los escogidos.” Mateo 20:1-16; 22:14.

Aunque en los círculos infectados por la “gracia barata” quieran eludir esta realidad, para Jesús existe la posibilidad de la perdición por cuanto Dios hace una selección estricta y rigurosa.

Si el sentido de la creación consiste en suscitar seres que sean a su vez creadores, a imagen y semejanza del Único Increado y Creador, y el deber de los hijos e hijas de Dios es dar fruto, esto conlleva según las parábolas de Jesús de Nazaret la realidad de que quienes no respondan a la llamada divina a cooperar en la creación no tendrán acceso a la vida eterna, al mundo venidero, al Reino de Dios.

Pese lo que enseñan los círculos que han caído en la “gracia barata”, conduciendo a muchos hermanos al libertinaje, Jesús enseña que la entrada en el Reino de Dios no es automática, sino que entraña unos exigencias que es menester satisfacer.

Habrà una eliminación de aquellos que no hayan cumplido esas exigencias: Mateo 13:47-50.

La entrada a la vida no responde a la tendencia general del hombre: Mateo 7:13.

No es casual que inmediatamente después de esta llamada, Jesús advierta sobre el peligro de seguir a los falsos profetas: Mateo 7:15-20.

La llamada de atención sobre el peligro de perdición para quienes se consideran cristianos pero han caído en la “gracia barata” no puede ser más clara: Mateo 7:21-23 (“hacedores de maldad”: griego “anomia”, lo opuesto a “nomos”, “ley”). Lucas 13:22-30.

La entrada a la economía de la vida según Dios no es cuestión de doctrinas expresadas en lenguaje abstracto en un credo o en una confesión de fe denominacional, sino que es una cuestión relativa al “ser”.

Pr. Joaquín Yebra.

Es preciso dejarse transformar en el propio pensamiento, en el propio ser y en el propio obrar. Mateo 7:19-20.

No existen unas doctrinas más terribles y más trágicas que la pretensión del hombre de poderse salvar por sus propios méritos, y en el extremo opuesto la “gracia barata” basada en el creer sin acción, es decir, una fe intelectual que no obra por el amor.

Nadie puede eludir las condiciones del ser. Las consecuencias no son jurídicas sino ontológicas. No es necesario reunir un tribunal presidido por un juez para comprobar que una rama seca está verdaderamente seca, por donde no circula la savia. Es una cuestión de hecho, no de derecho.

El destino que Dios nos ofrece no puede ser alcanzado sin el consentimiento activo del ser creado, por cuanto Dios no quebranta la voluntad del hombre.

Si el hombre escala una cumbre elevada por un camino peligroso, disimularle u ocultarle los riesgos inherentes a los precipicios que va a rozar y bordear no sería amarle ni prestarle un buen servicio. Nuestro Señor nos advierte de los peligros para nuestro propio bien.

Mantener al hombre en la ignorancia de la perdición equivale a que la salvación del hombre es inmediata e automática, como si, haga lo que haga, y piense lo que piense y sea lo que sea, puede alcanzar la meta al chasquido del dedo; como si se tratara de un restaurante autoservicio-buffet en el que cada uno puede servirse lo que venga en gana y a precio prefijado.

Pero Jesús nos muestra que el Reino de Dios es vida que entraña exigencias y condiciones ineludibles. Dios devuelve la vida a quien la ha perdido, pero no se trata simplemente de una indulgencia, ni siquiera una cuestión de simple perdón, sino de una nueva creación.

Enseñar que el hombre es justificado porque Dios lo perdona por la vía de la no-imputación, es la causa por la que millones se creen salvos mientras viven sumidos en el pecado. Se creen justificados, pero el mal subsiste, y no les importa porque les han enseñado que el mal ya no les es tomado en cuenta como pecado; son santos y justos en virtud de una falsa santidad de naturaleza externa o extrínseca.

Les han enseñado que son santos y justos por la misericordia de Dios, pero sus corazones no han sido transformados. Ahí se manifiesta que se trata de una media verdad. Les han enseñado que son reputados justos, se les ha imputado la justicia de Cristo Jesús, aunque sigan viviendo en pecado.

Creemos que la imputación es cierta, pero ha de producir transformación, pues de lo contrario es la fe muerta que no obra por el amor.

¿Qué es entonces? Es fe sin obras, es pura filosofía ajena a las enseñanzas de nuestro Señor Jesucristo. Es haber malentendido al Apóstol Pablo.

Jesús enseña las condiciones para que el hombre entre en la vida divina, y viva. No es cuestión de derecho ni de moral. La justicia y la justificación son la vida misma. Jesús ha venido a darnos vida y vida en abundancia, no para darnos licencia para pecar impunemente.

La gracia de Dios no alcanza para que caminemos por los Mandamientos de la Santa Ley de Dios, no para que los incumplamos o los ignoremos.

Esos Mandamientos que nos resultaban pesadas cargas por causa de nuestra vieja naturaleza carnal, ahora en Cristo Jesús son delicias que anhelamos vivir, por cuanto sabemos que es lo que a Dios más agrada y lo que a nosotros más nos conviene.

Si Dios nos revivifica, haciendo de nosotros nuevas criaturas, viviremos. De ahí que carezca de sentido creer en una justicia exclusivamente imputada desde afuera, sin que nosotros hagamos uso de nuestra capacidad para decidir, que el propio Señor nos ha otorgado.

¿De qué sirve al hombre ser perdonado si ha perdido la vida y la posibilidad de vivir?

Jesús afirma haber venido para revivificar a una humanidad perdida, encaminada a la perdición; una humanidad enferma, para sanarla y llevarla a su cabal realización, mediante la aportación de una nueva información creadora.

Vivificación, justificación y santificación son sinónimos en la perspectiva bíblica. Una imputación extrínseca no puede vivificar. Se trata de hacer realmente santos a los hombres, de santificar, de revivificar y no sólo de perdonar desde afuera a una humanidad enferma de muerte y corrupción.

Jesús no es sólo perdonador, sino el terapeuta y recreador de la humanidad en todos los ordenes de la existencia humana: somático, psicológico, espiritual, intelectual y político.

Lo que la teología llama “redención” es todo eso a la vez: curación, liberación, recreación y cabal consumación. Es una realidad que nada tiene que ver con el orden jurídico o moral. Se trata del ser y de la vida.

Jesús nos recuerda las exigencias para entrar en la economía de Dios expresándose como un cirujano en Mateo 18:8-9. (“ocasión de caer” es el griego original “obstáculo”, del verbo “skandalizein”, “escándalo”, literalmente “piedra de tropiezo”).

Puede parecer duro, pero la blandura permisiva, la complacencia, la debilidad, la indisciplina, sería lo verdaderamente cruel.

La firmeza de estas exigencias no depende de arbitrariedades de parte del Creador, sino de las condiciones ontológicas de la creación. Mateo 7:24-29.

Jesús muestra su amor y misericordia hacia todos los hombres en Mateo 18:10-14.

Jesús manifiesta una verdadera indulgencia respecto a los pecados individuales que provienen de las pasiones elementales, pero subraya la importancia excepcional y la tremenda gravedad del pecado contra el Espíritu Santo: Mateo 12:31-32; Marcos 3:28-30.

¿En qué consiste el pecado de blasfemia contra el Santo Espíritu de Dios?

Evidentemente, se trata de una orientación espiritual, de una opción por atribuir lo que procede de Dios al maligno.

El ladrón, el salteador de caminos, la prostituta, el estafador, puede escuchar la enseñanza de Jesucristo, amarla y darse la vuelta...

Puede deslizarse entre la gente para ungirle con perfume, besarle los pies, secárselos con sus cabellos, bajo la mesa del banquete, pero ¿qué será de aquellos que no aman al Rabí Yeshúa, que descartan su espíritu evangélico y optan por seguir el camino del enemigo de Dios y de los hombres?

En el ladrón, en el asesino, en el estafador, en la prostituta, puede haber amor y arrepentimiento (darse la vuelta), pero, ¿qué será de aquel que rechaza el amor?

La resistencia a la información nueva se explica por lo sumamente doloroso que significa tener que revisar todos los conceptos de base, todas las nociones aprendidas y heredadas a las que estamos acostumbrados.

Es duro reconocer que hemos sido engañados, consciente o inconscientemente, eso no lo podemos juzgar, y que ahora es menester empezar de cero.

Así se explica la resistencia ante una teoría realmente nueva por parte de la inercia inteligente, la vanidad, el fetichismo de las ideas recibidas, aprendidas o heredadas, y la organización de fuerzas dispuestas a luchar contra el imprudente innovador.

No sólo en la teología hay fariseos hipócritas y doctores de la ley dispuestos a crucificar a quien se aparta de los caminos trillados para sembrar el desconcierto mediante al aportación de una visión nueva de las cosas, de un elemento "intruso".

Pr. Joaquín Yebra.

Esto no sólo acontece en las humanidades, sino que también ocurre en los campos de la medicina y en todas las disciplinas científicas. Y no digamos en el campo de la economía, donde una nueva teoría puede afectar al bolsillo de quienes lo tienen más repleto, atado y bien atado.

Eso nunca se perdona. El poder empleará todos los recursos a su disposición para eliminar a quien haya cometido semejante atrevimiento, aportando una nueva teoría económica que ponga en peligro los dividendos del capital y la extracción de las plusvalías.

Jesús nos enseña que la resistencia más fuerte será siempre de índole espiritual. No hemos dicho “doctrinal”, sino “espiritual”. Esta será la más honda, la más profunda, la más decisiva, por cuanto mientras persiste, nada es posible. La información del Señor no pasará mientras tropiece con una resistencia de este orden.

\*\*\*\*\*



## **17. LA FE SEGÚN JESÚS.**

---

La palabra “fe” designa para la inmensa mayoría de las personas de lengua castellana una “creencia”, y se distingue esencialmente de la razón.

Existe un dominio del conocimiento racional en el que hay argumentación y es posible dar razón de las propias convicciones. Y existe, por otro lado, el orden de la “fe”, el cual no se trata de una cuestión de conocimiento racional comunicable de inteligencia a inteligencia.

La “fe” es una convicción personal, a menudo sentimental, afectiva y no comunicable, ya que en la propia persona que la profesa no se encuentran razones universales capaces de justificarla.

Sin embargo, el vocablo griego que hallamos en el original del Nuevo Testamento, “pistis”, cuya equivalencia hebrea es “emuná”, y que traducimos al castellano por “fe”, no tiene nada que ver con lo que hemos comenzado diciendo acerca de la fe.

Para comprender el sentido de la “fe” según las Sagradas Escrituras, es menester cambiar de universo mental. En la Biblia, la existencia de Dios no es cuestión de “fe”, sino de conocimiento:

Dios es conocido a partir de su Creación, del mundo y de su acción en la historia, y muy particularmente en la historia del pueblo de Israel, como pueblo-contacto de Dios con la humanidad, llamado a ser luz para todas las naciones.

Cuando en las Sagradas Escrituras se nos dice que los hebreos “no creyeron”, no significa que hayan dudado de la existencia de Dios. Unos ejemplos: Números 14:11; 20:12; Deuteronomio 9:23.

Cuando se nos dice en la Biblia que “no creyeron” significa que no se fiaron del Señor, que no tuvieron por verdadero lo que el Señor había dicho por boca de sus profetas, y como resultado no se apoyaron en Él ni le obedecieron, sino que buscaron en otra parte su auxilio y emprendieron sus propios caminos: Salmo 115:9-11.

Es posible dudar de alguien sin poner en duda su existencia. Podemos dudar del poder, de la inteligencia, de la fidelidad, de la lealtad y de la honradez de alguien, sin poner por eso en tela de juicio de la existencia de esa persona.

Comprobamos por la lectura de los Evangelios que el hombre Yeshúa, Jesús, recorre los caminos de Judea y de Galilea curando, liberando y enseñando.

Hombres y mujeres de toda índole asisten a este hecho y se benefician de sus acciones y enseñanzas.

Unos opinan que este Rabino tiene poder para curar a los enfermos y que ese poder lo ha recibido de Dios, y que su doctrina es verdadera. Otros, que comprueban asimismo la veracidad de las sanaciones y liberaciones realizadas por Jesús, no las ponen en duda, pero las interpretan de otra manera: No las atribuyen al poder de Dios sino al poder del maligno. No creen a Jesús, le consideran un impostor. No tienen “fe” en Él. Mateo 9:32-34; 12:22-28.

Para que comprendamos el significado del hebreo “emuná” y su equivalencia griega “pistis”, que nos llega a través del latín “fides”, tenemos que recurrir a los Evangelios y allí comprendemos que necesitamos liberarnos de lo que nos han enseñado desde la tradición de Occam, Lutero, Pascal, Descartes, Kant y todos los pensadores de nuestra cultura occidental: Lucas 5:12.

La “fe” es una convicción fundada en datos anteriores: La fama de Jesús, lo que Él había hecho ya, lo que enseña, lo que Él es, y por lo cual se piensa que Jesús posee en efecto poder extraordinario para sanar.

La “fe” es un conocimiento de la naturaleza de Jesús, de su poder, una intuición de su Divinidad, que como fuerza magnética nos atrae a Él, quien ha dicho que a Él vayamos todos cuantos estamos trabajados y cargados, y ha añadido que el que a Él va, no le echará fuera.

Esta convicción, fundada en datos anteriores, puede ser más o menos audaz. Ahora bien, Jesús no exige, no demanda, ninguna “fe” en su persona antes de haber realizado una sanación, antes de haber operado un “signo”.

La fe es, pues, de índole “experimental”. Es una inducción. Se funda en la experiencia.

Pero puede ir más allá de la experiencia anterior ya establecida. Así vemos que un centurión que había oído hablar de las sanaciones realizadas por Jesús, y que puede que hubiera contemplado alguna de ellas con sus propios ojos, pide a Jesús que cure a su criado a distancia, sin necesidad de su presencia física, sin tener que imponerle las manos o ungirle con aceite.

El centurión piensa que Jesús es capaz de hacer tal cosa porque sabe que Jesús ha hecho cosas extraordinarias. Jesús admira esa “fe” de quien ha  
Pr. Joaquín Yebra.

intuido quién es Jesús, y qué puede hacer antes de haberlo comprobado.  
Mateo 8:5-13.

Cuando Jesús advierte en los hombres y mujeres esa “pistis”, esa “fe”, que es una confianza en Él, Jesús suele exclamar: “Tus pecados te son perdonados”.

¿Por qué les dice eso? Creemos que Jesús dice eso porque la “fe” en el sentido bíblico es asimismo el signo y la manifestación de una profundísima renovación interior que inicia el proceso contra el endurecimiento del corazón. Lucas 5:17-26; Mateo 9:1-8.

No se trata solamente del perdón extrínseco de los pecados en un plano legal, jurídico, en el sentido protestante, ni sacramental, en el sentido católico romano, sino en un sentido de “fe” salvífica, transformadora:

Mateo 9:18-26; Marcos 5:35-43; Mateo 9:27-31; Mateo 20:29-34; Lucas 18:35-43; Mateo 15:21-28.

A juzgar por estos pocos ejemplos, la “fe” en el lenguaje de los Evangelios no es una convicción irracional o no razonada, sino una “inteligencia”, en el sentido literal de la palabra (del latín “intelligentia”, es decir, “entendimiento”, “comprensión”, de “inter”, “dentro”, y “legere”, “coger”, “escoger”), una convicción fundada en experiencias anteriores, las pasadas sanidades del Rabino Yeshúa.

En cada caso, esa convicción se anticipa al hecho por cuanto juzga que es posible lo que todavía no se ha realizado, lo que Jesús va a realizar. Es una inducción que va de las experiencias pasadas a los casos particulares que en cada momento se presentan, pasando por la convicción de que aquello que hizo Jesús en el pasado puede hacerlo también ahora.

De ahí el sentido de fe que se desprende del hecho de que el Dios que obró antaño es el mismo que obrará mañana.

La “fe” se trata de un discernimiento a partir de experiencias concretas que son signos de quien es Jesús.

Podríamos decir que se trata de una lectura inteligente de los signos. Po eso es que la “fe” no se circunscribe exclusivamente a la persona de Jesús, sino que también alcanza a los profetas verdaderos, como el caso de Juan el Bautista: Mateo 21:28-32.

Crear el mensaje de Juan el Bautista significaba reconocer quién era el profeta, bajo las apariencias de hombre rústico, casi salvaje, vestido con una túnica de pieles y que se alimentaba de langostas (insecto comestible según las leyes dietéticas del Antiguo Testamento: Levítico 11:20-22) y miel salvaje.

Pr. Joaquín Yebra.

Esto muestra que la “fe” es un discernimiento de una realidad espiritual, invisible, oculta bajo las apariencias sensibles.

Jesús nos insta a realizar una lectura, una interpretación del dato experimental que Él nos ofrece a todo lo largo de su vida pública (“semeion”, “signo”). Lucas 12:54-56.

Especialmente en el Evangelio según Juan se establece una constante relación entre los signos que Jesús opera (“semeion”, las demostraciones experimentales que contienen un significado y demandan una interpretación), el conocimiento (“gnosis”) y la “fe” (“pistis”).

La relación entre estos tres elementos es evidente en el testimonio de los Evangelios. Juan 2:11; 2:23-25; 4:39-42; 6:66-69; 11:45-48.

La dureza de corazón, es decir, la “incomprensión”, en lenguaje bíblico, es lo que entristece a Jesús al ver que aquellas gentes y ciudades donde Él ha realizado signos, señales, gestos significantes, no han querido discernir su significado. Mateo 11:20-24.

Los adversarios de Jesús aparentan ser escépticos, no contentos con las señales realizadas por el Señor, y solicitan otros signos para completar su convicción. Entonces Jesús les remite curiosamente al libro de Jonás: Mateo 12:38-42.

¿Cuál es, pues, el signo de Jonás? ¿Sólo la permanencia del profeta en el vientre del gran pez durante tres días, como signo de la permanencia de Jesús en el sepulcro antes de su Resurrección gloriosa?

Sin descartar esa interpretación, nos inclinamos a pensar que la señal de Jonás es el anuncio del Evangelio a las naciones paganas y la entrada de los gentiles a la economía del monoteísmo hebreo, cuyos orígenes se hallan en la persona y la vivencia de Abraham.

Jesús nos enseña también que la “fe” en su dimensión de oración dirigida a Dios, Creador de los Cielos y la Tierra, es eficaz no por sí misma, de modo mágico, a modo de una coerción ejercida sobre Dios, sino porque el Dios Eterno consiente en establecer con el hombre una relación tal que si éste le solicita algo, como un hijo a su padre, Dios se lo concederá, siempre que sea conforme a la voluntad divina. Mateo 7:7-12; Lucas 11:5-13; 18:1-8; Juan 16:24.

También es importante que tengamos muy presente que no todas las promesas de la Biblia son para nosotros en todo momento y bajo toda circunstancia.

Si todo lo que hay que hacer es reclamar una promesa, entonces Juan Huss, Jerónimo y Esteban se equivocaron: Isaías 43:2.

Pr. Joaquín Yebra.

Pero Juan Huss y Jerónimo murieron en la hoguera, Juan el Bautista murió decapitado, y Esteban murió lapidado, no porque les faltara “fe”, sino precisamente a causa de su “fe” obediente.

La “fe” mantiene su confianza en Dios aunque las cosas no resulten de la manera en que nosotros deseábamos que resultasen.

Es fácil confiar en Dios cuando las cosas se deslizan de manera suave. Pero la verdadera prueba de “fe” sobreviene cuando pasamos por momentos duros y nuestras oraciones parecen no ser contestadas.

Recordemos que nuestro Señor desea que confiemos en su amor y en su misericordia en medio de las nubes y de la oscuridad, tanto como a la luz del sol.

Desde el punto de vista humano preferimos la historia de Daniel en el foso de los leones a la de Juan el Bautista o de Esteban. Se nos hace difícil aceptar que de todos los dones que el Cielo puede concedernos, la comunión con Jesucristo mediante sus sufrimientos, es el legado más fuerte y el honor más elevado.” Hebreos 11:35-39.

Las promesas espirituales: El perdón por el pecado, la recepción del Espíritu Santo, el poder para llevar a cabo una vida en santidad, están siempre disponibles.

Pero las promesas que tienen que ver con las bendiciones temporales, aun con la vida misma, se conceden en ciertas ocasiones y en otras no, según considere la providencia divina:

Juan el Bautista, como hemos dicho, fue decapitado. (Mateo 14).

La mayoría de los Apóstoles del colegio de los Doce sufrieron martirio.

Eliseo murió después de una prologada enfermedad (2º Reyes 13:14, 20-21).

A Pablo se le negó su petición de sanidad después de haberla hecho tres veces (2ª Corintios 12:7-10).

La “fe” no es una creencia, sino una experiencia con Dios: Hebreos 11:6; Romanos 14:23; Hebreos 10:38.

Conocer a Dios nos induce a confiar en Él. Si no le conocemos, tampoco podremos confiar en Él. Y si no confiamos en Dios es porque no le conocemos.

¿Cómo llegamos a conocer a Dios?

Escuchándole: Romanos 10:17; Juan 20:31.

Pr. Joaquín Yebra.

Hablando con Él: Lucas 18:1.

Trabajando con Él: Mateo 11:29.

La auténtica “fe” es un fruto del Espíritu Santo: Gálatas 5:22.

¿Cuál es la condición para recibir las promesas de Dios? Mateo 21:21; Santiago 1:6.

Finalmente, ¿en qué consiste la “fe”? Hebreos 11:1.

¿Hay alguna promesa reservada para los que confían sin haber visto? Juan 20:29.

¿Hay algo que sea más importante que la “fe”? 1ª Corintios 13:2.

Errores muy extendidos de los que debemos desprendernos:

Que la “fe” consiste en sólo creer. (asentimiento mental).

Que la “fe” puede mantenerse inactiva sin producir obras.

Que si la oración no es contestada es porque no tenemos “fe”.

Que cada promesa de la Biblia es para cada uno de nosotros, en este tiempo y bajo las circunstancias presentes.

Tesis que la Biblia respalda a la luz de los textos bíblicos y las reflexiones que hemos hecho:

Que la mejor definición de la “fe” es confianza, por cuanto tener “fe” es depender de Dios.

Que el conocimiento de Dios trae como consecuencia la confianza en su Persona. Si no se le conoce no se puede confiar en Él. Y si no se confía en Él es porque no se le conoce.

Que la fe es fruto del Espíritu Santo. No es algo que nosotros podemos construir.

Que el pensamiento positivo no produce la fe genuina, pero la fe genuina hará que nuestro pensamiento sea positivo.

\*\*\*\*\*

## **18. LA ESPERA ACTIVA SEGÚN JESÚS.**

---

Jesús de Nazaret, al igual que los antiguos profetas de Israel, enseña que la creación, inacabada, prosigue todavía. Se encamina hacia un término, hacia una consumación. Lucas 12:35-40; Mateo 25:1-13; Lucas 21:34-38.

La cronología misma de esa duración o período de la historia que queda por vivir y por forjar antes de que sobrevenga la consumación de la creación, no es, según Jesús, previsible ni calculable por adelantado. No es posible establecer un plan cronológico previo ni medir el tiempo. Mateo 24:36-39; Marcos 13:32-37.

Jesús propone una teoría de tiempo que señala hacia el futuro. La plenitud, el “pleroma”, no está situado en el pasado, sino en el futuro, hacia delante.

La creación, en el comienzo, no quedó acabada, sino terminada su puesta en marcha. No estará definitivamente acabada hasta más adelante, al término de ese proceso doloroso en el que una libertad coopera o se opone al acto creador progresivo.

No se trata de regresar al pasado, de volver al Paraíso Terrenal. Los profetas jamás hablaron en ese sentido. Se trata de trabajar activamente por una consumación futura.

Contrariamente a las corrientes platónicas, como el orfismo y la gnosis, que implican una estructura de retorno y de nostalgia, la enseñanza de Jesús de Nazaret es esencialmente prospectiva y no retrospectiva. Jesús prohíbe mirar hacia atrás. Lucas 9:61-62. (Mateo 8:21; Lucas 9:59).

Sólo en esta perspectiva dinámica de una espera activa de la consumación de la historia y de la creación puede comprenderse el significado de la esperanza cristiana.

En otras filosofías, la teoría es que la materia es mala, o el cuerpo es malo, una especie de cárcel del alma, por lo que es necesario separar el alma del cuerpo, para liberarla de esa mancha y permitirle la recuperación de su condición original.

No es así la doctrina de Jesús. La materia es buena. El orden corporal, biológico, es excelente. La esperanza no descansa en una mala conciencia  
Pr. Joaquín Yebra.

respecto al orden de la naturaleza, sino que se funda en una visión de la historia orientada activamente hacia el futuro, por el que es necesario trabajar de la manera más creativa posible.

La esperanza cristiana tiene un significado eminentemente positivo y creador. 1ª Corintios 9:24-25; Filipenses 3:12-14.

La esperanza cristiana se alimenta del poder que Jesús transmite a sus discípulos.

Desde el principio de su enseñanza, las gentes se percataron de que Jesús no enseñaba como los escribas y los fariseos: Mateo 7:28; 9:35-10:4.

Jesús enseña cómo deben realizar su trabajo para transmitir la información cuya fuente es Él mismo, lo que deben hacer y lo que deben evitar. Mateo 6:5-8; 10:5-16.

También advierte Jesús a los suyos que tropezarán con una resistencia violenta y serán perseguidos a causa de su doctrina traducida en una forma de vivir. Mateo 10:24-33.

Quien recibe la información, la doctrina, y la transmite, no está por encima de Aquel quien es la fuente de la información. Juan 13:16.

Ahí radica la traición del cristianismo organizado e institucionalizado a Jesús de Nazaret. Por eso Jesús nos pide que no llamemos “maestro” a nadie: Mateo 23:1-12.

Ellos, nosotros, no somos la fuente de información que transmitimos. Nadie aquí abajo debe ser llamado “maestro”, pues uno solo es el “Maestro”, una sola la “Fuente” de la que estamos llamados a beber.

Jesús nos transmite la forma en que ha de ser llevada a cabo la tarea que se nos ha confiado, consistente en transmitir a los hombres la doctrina (praxis) que procede de Jesús. No como los “maestros” y “señores” del mundo, que quieren dominar y dar rienda suelta a su deseo de poder, a su afán por el lucro y la dominación, sino como niños que transmiten sencillamente lo que han recibido: Marcos 9:33-37; Mateo 20:20-28.

Quien acepta el desempeño de esa función consistente en transmitir a los hombres la ciencia de Jesucristo, la información creadora que procede del Señor, debe aligerar para el ejercicio de esa función su carga, su equipaje, su preocupación por las cosas de este mundo.

No deberíamos olvidar que el propio Jesús para ejercer sus funciones de liberar, sanar y enseñar, abandonó todo cuidado y anduvo errante: Lucas 9:57-62.



Jesús también enseña que todo lo que no se opone al Evangelio Eterno, le es favorable: Lucas 9:49-50; Marcos 9:38-41.

Y a la inversa, quien no está con Jesús, está en su contra: Mateo 12:30.

Jesús recomienda a sus discípulos ser muy prudentes en lo que atañe a la transmisión de lo que han aprendido de Él.

No puede compartirse la enseñanza de Jesucristo a todo el mundo, de manera indiscriminada, a personas no aptas para recibirlas, o que se niegan a hacerlo: Mateo 7:6.

Uno de los grandes problemas entre los cristianos de nuestros días es que habiendo sido enseñados en un “evangelio” edulcorado, les resulta difícil aceptar la doctrina de Jesucristo. Me refiero a haber recibido un “evangelio” durísimo para los demás, pero azucarado y almibarado para ellos.

Pero la doctrina de Jesús es contraria al pensamiento del mundo y de la iglesia mundana, el cristianismo que ha alcanzado un grado de apostasía en nuestros días de dimensiones inimaginables.

Jesús enseña la pobreza voluntariamente asumida, la despreocupación por las cosas del mundo, la renuncia a la fuerza como agresión, la piedad y la paz, el ejemplo de los niños frente a los adultos...

En definitiva, una doctrina viril, profunda y vigorosa, a millones de años-luz de la imagen de Jesús bajo una caricatura dulzona y afeminada, para ocultar lo muy ofensiva para los poderosos que fue su vida y testimonio entre nosotros.

La doctrina y la praxis de Jesús conducen al hombre, varón y mujer, a ser verdaderamente humanos libres, hombres y mujeres cabales, no los estereotipos fabricados por la superestructura explotadora a base de debilitar al hombre. Lucas 12:49-53.

Ese fuego que se difunde impide que la corrupción se extienda: Marcos 9:49-50.

Juan el Bautista, que enseñaba en el desierto de Judea y bautizaba en río Jordán, dijo esto a propósito de Jesús: Mateo 3:11-12.

Se aprecia aquí la ambivalencia del fuego divino, que por una parte es el fuego del amor creador, y al mismo tiempo el fuego que nadie puede apagar hasta que cumpla su misión (fuego eterno en sus efectos y consecuencias, no en su duración), y que impide a los impíos participar de la vida divina, de la vida eterna.

La doctrina de Jesús no es miel y azúcar, sino fuego y sal. Mateo 5:13-16.

Pr. Joaquín Yebra.

*ALGUNAS DE LAS DOCTRINAS OLVIDADAS DE JESÚS DE NAZARET Y NO RECOGIDAS EN LOS CREDOS HISTÓRICOS NI EN LAS CONFESIONES DE FE DE LAS DENOMINACIONES MODERNAS, O ESCASAMENTE ENFATIZADAS EN LA CRISTIANDAD EVANGÉLICA ACTUAL.*

La verdadera humildad consiste en admitir que no somos nosotros la fuente de información divina.

¿Qué tenemos que no hayamos recibido?

Podemos sembrar, podemos hacer que crezca la semilla, pero la verdad es que nosotros no somos los creadores de la simiente.

Si hemos de hacer fructificar los extraordinarios dones que hemos recibido, debemos hacerlo siempre con simplicidad, sin doblez, sin autoexaltarnos.  
Lucas 17:10.

\*\*\*\*\*

## 19. ¿QUIÉN ES JESÚS?

---

Esa fue la pregunta que se hicieron muchos de sus coetáneos. Sigue siendo la pregunta que muchos se hacen hasta el día de hoy.

Unos se interesaron por Él hasta el punto de dejarlo absolutamente todo por seguirlo.

Abandonaron casa, familia, trabajo, y todo para conocerlo mejor.

Otros, como el dirigente judío llamado Nicodemo, no pudo resistir la tentación de entrevistarse con Jesús, aunque lo hizo de noche, probablemente para evitar ser visto por sus conocidos. Juan 3:1-2.

En la práctica de las ciencias experimentales es sabido que ante un mismo dato experimental, unos no ven nada en absoluto, no advierten el significado del fenómeno observado, mientras que otros –y a veces uno solo- con una sola mirada pueden comprender el significado del fenómeno de que se trate.

Son quienes saben discernir desde el principio la ley inmanente, la razón del fenómeno, porque poseen la ley del dato.

En la ciencia psicológica se lleva mucho tiempo denominando esta capacidad como “pre-percepción”, y se trata de una capacidad verdaderamente misteriosa.

En una ocasión, Jesús preguntó a sus discípulos quién pensaban que era Él. Fue Pedro quien respondió por el grupo. Y tan pronto Pedro respondió, Jesús les mostró el doloroso camino que debían recorrer: Marcos 8:27-33.

En la versión de los hechos que nos llega de la pluma de Mateo 16:13-25 hallamos más datos.

“Pedro” es el original “petros”, una piedra tomada de la cantera, mientras que la “Roca”, griego “petra”, es la roca de la que es tomada la piedra.

Por eso es que con la iglesia naciente, los cristianos evangélicos entendemos que la Roca sobre la que Jesús promete edificar su Iglesia es el propio Jesús, y no el frágil Pedro.

De todas maneras, y además de no sugerir siquiera nada que se pueda aproximar a unos supuestos sucesores, lo más ilustrativo al respecto es lo que el propio Pedro entendió de las palabras de Jesús:

1ª Pedro 2:1-8; Efesios 1:15-23; 4:15-16; Colosenses 1:15-23.

(“primogénito” es el griego “prototokos”, “patrón”, “primero en rago”; no dice “protoktistos”, que sería “primer creado”). Colosenses 2:8-10.

Inmediatamente después de la confesión de fe de los discípulos, de la que Pedro es portavoz, Jesús empieza a explicarles que no se encaminaba hacia un triunfo como el mundo lo entiende, ni a cumplir las expectativas mesiánicas davídicas que los discípulos esperaban, sino que, por el contrario, sería odiado, perseguido y entregado a la policía del ejército romano de ocupación, juzgado sobre mentiras y falsos testimonios, clavado en una cruz romana en la que moriría, y que en el tercer día resucitaría.

Los enemigos procurarían su destrucción por cuanto su persona y su praxis ponía en peligro sus intereses políticos, económicos, religiosos, intelectuales y de cualquier otra índole dentro de su sistema de castas.

Aquella sería la justificación de su muerte, pero Él entregaría su vida para nuestro perdón y reconciliación con su Padre Dios y Padre nuestro.

Los discípulos de Jesús se escandalizaron al ver que Jesús no satisfacía sus expectativas.

Jesús siempre tropezó, entonces y en el curso de la historia, y naturalmente también en nuestros días, con los intereses y expectativas de los hombres.

Esa resistencia sería, ha sido y es tanto más violenta cuanto más poderosos son los intereses en juego.

Él siempre supo eso, y la Iglesia Remanente también lo ha sabido y lo debe saber. Esta es una experiencia verificable hoy como ayer.

Jesús siempre será la dulce verdad crucificada para los llamados, y el objeto de burla y odio de parte de los impíos no dispuestos al arrepentimiento.

Nosotros igualmente, conocedores de la palabra profética, sólo tenemos dos opciones: O bien nos dejamos arrastrar por el sistema y adaptamos el Evangelio Eterno a un nivel de acomodación al sistema imperante y los intereses de las castas dominantes, poniéndolo a su servicio (consciente o inconscientemente); o bien seguimos a Jesús de Nazaret sin hacer concesiones, ni compromisos con el poder, ni buscar ser políticamente correctos para no sufrir acusaciones, descréditos y, dado el caso, persecución y muerte.

Pr. Joaquín Yebra.

Esas son las opciones, o bien buscar y establecer fórmulas de compromiso con el sistema para complacer a las autoridades impuestas, o bien llevar hasta el final la tarea encomendada a Jesús por su Padre, y Padre nuestro, y a nosotros por su Hijo Jesucristo, nuestro Hermano Mayor, Redentor, Salvador y Maestro.

De lo que podemos estar plenamente seguros es de que ni los profetas de antaño ni Jesús hubieran sufrido lo que padecieron si hubieran optado por acomodarse al sistema imperante.

Así es como podemos comprender el camino seguido por el cristianismo establecido e institucionalizado, y el que siguen los que pretenden llegar a serlo.

Esto es muy importante tenerlo presente para no caer en la trampa de creer que Jesús fue guiado por una tendencia masoquista, ni por ninguna apetencia de dolor y muerte, ni por ninguna complacencia en el fracaso, sino por una opción libre y voluntaria, plenamente consciente de estar en el camino de la realización de la voluntad del Padre Eterno.

Precisamente por querer llevar hasta el final la tarea que se había fijado en obediencia al Padre, asume Jesús las consecuencias de su tarea, la cual no era posible, ni entonces ni hoy, llevarla a cabo sin tropezar con resistencia que puede llegar, como ha ocurrido tantas veces en la historia, y hasta nuestros días, a ser muy violenta, furiosa e incluso derramadora de sangre.

Jesús siente horror ante la muerte porque Él sabe que significa, aunque sea temporalmente, la separación de su Padre Dios: Mateo 26:36-46.

Frecuentemente olvidamos que Jesús de Nazaret podía haber acabado sus días tranquilamente, haberse casado y gozar de esposa e hijos, alcanzar una buena reputación y convertirse en un personaje honorable. Pero para seguir ese camino habría tenido que renunciar a comunicar lo que su Padre y Padre nuestro le había encomendado. Jesús lo sabía, y eligió libremente.

Voy a poner un ejemplo, entre muchos otros posibles, pero escojo éste a propósito por no ser el más frecuente en círculos de influencia hacia la ignorancia:

Si el judío Carlos Marx conoció con su esposa y sus hijas la miseria, malviviendo en pensiones de los barrios bajos de Londres, y pasando miles de horas estudiando y escribiendo en la biblioteca de la National Gallery, no fue por amar la miseria.

Podría haber acabado sus días como “Herr Doctor Professor Ordinarius” en una universidad alemana, con buena paga y una jubilación digna.

Sin embargo, eligió la miseria de los barrios bajos de Londres, y perdió a dos de sus hijas en esa miseria. Pero no fue por amor al fracaso, sino porque consideró seriamente que tenía algo que comunicar al mundo.

El precio que tuvo que pagar fue vivir como un proscrito, acosado por la policía, y tenido por delincuente.

Pero en el caso de nuestro bendito Señor y Salvador hay una notabilísima diferencia con respecto a todos cuantos han sufrido por ser consecuentes con sus principios y convicciones. Jesús renunció no sólo a una vida cómoda, como tantos han hecho en el curso de la historia, sino también a los poderes a los que podía haber recurrido.

Esto se desprende de muchos pasajes del Evangelio, pero sobre todo del relato de las tentaciones de Jesús en el desierto, donde nuestro Señor no recurre a ángeles ni actos milagrosos, sino que responde al tentador citando sencillamente las Sagradas Escrituras.

Cuando Jesús es arrestado por la policía del Sumo Sacerdote y los romanos ocupantes, no ofrece resistencia alguna, y ordena a Pedro que envaine su espada.

¿Qué hacía una espada en manos de un pescador, sino aguardar la orden que esperaban de Jesús de levantarse contra los romanos?

¿Por qué no usó Jesús poderes sobrenaturales cuando nosotros pensaríamos que más los necesitaba?

Para nosotros la explicación expuesta en lenguaje creo que muy sencillo y comprensible para todos es que Jesús no quiso jugar entre nosotros a taumaturgo ni a “dios”.

No se propuso dejarnos embobados, boquiabiertos y estupefactos con prodigios sobrenaturales; tampoco quiso tomar el poder mediante el recurso de la violencia. Se propuso dejarnos una doctrina para la vida, para nuestra vida, no para la suya. Por eso no utilizó poderes en beneficio propio, pues de lo contrario no habría participado plenamente de nuestra naturaleza humana, limitada y vulnerable.

Por eso es que cuando hablamos de la muerte de Jesús como redentora hemos de hacerlo con cuidado, para no aportar mayores malentendidos de los acumulados en el curso de la historia, hasta el punto de haber convertido casi en incomprensible su acto redentor.

La muerte de Jesús o su suplicio en la Cruz del Calvario no es un acto redentor aislado. La redención, es decir, el acto libertador, sanador, es la persona global de Jesús de Nazaret. Para transmitirnos plenamente esa

doctrina, esa enseñanza vivificadora, Jesús consintió en ir hasta el final de la condición propia de Hijo de Dios-Mensajero de parte del Padre.

Jesús consintió en afrontar abiertamente el odio a la verdad liberadora. Y por haber asumido esa condición hasta el final, testificó y demostró el amor de Dios hacia nosotros.

Por eso afirmamos que la redención es la vida que Jesús nos comunica. Su muerte no es sino la condición negativa, impuesta por el crimen humano. Separar la muerte de Jesús de su Encarnación y su vida, es caer en una mitología malsana. Jesús no nos ha redimido con su muerte, sino con la entrega de su vida.

La doctrina de Jesús de Nazaret es una tortura porque hay algo en nuestro ser, en todos nosotros, probablemente en lo que la psicología denomina el “inconsciente”, que despierta en nosotros esos monstruos dormidos u ocultos que procuran ponerse a la defensiva y huir de la incidencia del Espíritu Santo en nuestros corazones, quien trata de convencernos de la necesidad que tenemos de arrepentimiento y perdón.

Vamos a concluir recordando la reacción de Simón Pedro ante el poder de Jesús: Lucas 5:1-11.

\*\*\*\*\*

## **20. UNA MEDITACIÓN FINAL SOBRE LA VERDAD DEL CRISTIANISMO:**

---

A quienes vivimos hoy, veinte siglos después de Jesús de Nazaret, se nos plantea la misma cuestión que a los contemporáneos de Jesús:

¿Cuál es la fuente de las enseñanzas de Jesús?

La respuesta sólo puede hallarse después de un minucioso estudio de sus enseñanzas y del valor de las mismas.

Para quienes las doctrinas de Jesús tienen escaso valor o casi ninguno, Jesús de Nazaret fue un profeta judío, un taumaturgo que enseñó algunas cosas interesantes.

Se trata de un rabino judío peculiar por no haber cursado estudios formales, pero no más interesante que los filósofos griegos Epicuro (341-270 a.C.) o Crisipo (281-208 a.C.). Para quienes piensan de esa manera, el problema está totalmente resuelto.

Pero para quienes examinan detenidamente la doctrina de Jesús de Nazaret, sus enseñanzas resultan excepcionalmente profundas por su riqueza, por su verdad, y no pueden por menos que formularse el interrogante de quién es realmente este hombre capaz de enseñar una doctrina sin parangón, que no admite comparación con ninguna otra.

Quienes se formulan esta pregunta reaccionan como los siervos que fueron enviados por los sacerdotes para prender a Jesús: Juan 7:46.

¿Es cierto que ha sido enviado por el propio Dios?

¿Es verdadera su doctrina o no lo es?

Debe existir, por lo tanto, alguna concordancia entre las verdades propagadas por Jesús y las que nosotros los hombres podemos contemplar con la inteligencia de que Dios nos ha dotado.



Cuando nos aproximamos a este análisis, procurando -cosa nada fácil para quienes somos cristianos por la gracia de Dios- dejar a un lado la afirmación a priori de la divinidad de Jesucristo, debemos partir de los datos que nos son ofrecidos a todos, y preconizamos un análisis inductivo para poder responder a partir de esos datos al interrogante sobre quién es Jesús.

Repasemos las doctrinas de Jesús, las verdaderamente distintivas dentro del contexto judío en que se desarrolló nuestro Señor:

La pobreza libremente asumida, frente al afán por el lucro y la dominación...

La piedad para con los necesitados en acciones concretas, no en misticismos alejados de las necesidades inmediatas de los hombres, que sólo son subterfugios para evitar nuestra responsabilidad del hermano...

La prevalencia del perdón y la dulzura sobre el odio, el resentimiento y la dureza...

El privilegio de la infancia sobre el conocimiento de los adultos...

La fe viva, obradora de acción, frente a la fe muerta, que solamente son creencias expresadas con términos abstractos que casi nadie entiende, en una vacua filosofía de salón...

El poder verdadero como amor y humildad, frente al sentido de poder violento y agresivo del sistema mundano.

Ante todas estas cosas es necesario que nos planteemos el problema de su "verdad". Es decir, es necesario en este caso como en todos que verifiquemos la verdad, la veracidad de sus enunciados.

Esto es lo que en teología denominamos la "ontogenética" fundamental. Esto significa que todo el Evangelio es verificable, que no está destinado exclusivamente a personas susceptibles de hacer un "acto de fe" ciego en proposiciones incomprensibles para ellos.

Dicho en otras palabras: El Evangelio es para personas normales, y debe por lo tanto comunicarse con palabras del lenguaje normal, positivo y razonable.

Pero también es cierto que el Evangelio puede estudiarse desde las perspectivas del antropólogo, el historiador, el psicólogo, el pedagogo, el teólogo, y todos cuantos en cualquier campo del quehacer humano son capaces de estudiar la realidad para verificar lo cierto y comprobar la exactitud de las proposiciones fundamentales que constituyen la doctrina evangélica.

Primeramente, hemos de abordar el problema del monoteísmo:

¿Es cierto que el mundo no es el único “ser”, sino que existe otro “Ser”, de quien depende el primero en su existencia y en todo lo que contiene?

¿Es cierto que el mundo no es el “Ser” único, absoluto, suficiente y eterno?

¿Es cierto que el “Ser” absoluto es diferente al mundo, distinto del mundo, y su creador?

No es un problema propio del cristianismo, sino del monoteísmo.

Si el monoteísmo fuera falso, consecuentemente también lo sería el cristianismo.

Creemos que el ateísmo puro es inconcebible y contradictorio, cuanto es impensable que el mundo sea el único “ser” existente.

Cuando se concibe el mundo como el único “ser” existente, nos vemos entonces obligados a prestarle todos los atributos de la divinidad.

Y esa divinización del mundo entraña consecuencias absurdas, como son la divinización de la nación, del estado, del partido político, etc.

Esas divinizaciones han supuesto muchos derramamientos de sangre a través de la historia humana. Y lo siguen suponiendo.

Para concebir el mundo correctamente, hay que suponer necesariamente la existencia de un “Ser” que comunique al mundo el “ser”, la información, la vida, el pensamiento, y todo lo que contiene, todo lo que le caracteriza.

El análisis del problema de la existencia de Dios procede a partir de una comprobación muy simple, pero de inmensas proporciones e innegable:

En el transcurso de la historia del Universo, la información va en aumento. Esto significa, en otras palabras, que la creación de seres nuevos, de estructuras nuevas, de organismos nuevos, es incesante desde hace un tiempo incalculable.

Los seres anteriores en el tiempo no pueden dar razón de la génesis de la información nueva que está operando posteriormente.

Los seres o el orden de las cosas, en un momento dado de la historia del Universo, no pueden explicar la génesis de seres nuevos y de un orden natural nuevo: Hay creación en trance de realización desde hace muchos eones.

No es la materia de diez mil millones de años atrás la que inventó por sí misma la información genética que hizo su aparición hace tres mil millones de años.

Pr. Joaquín Yebra.

No son los genes de los microorganismos que poblaban los mares hace uno o dos millones de años los que pueden dar razón de la invención, de la información, de una genética capaz de presidir la génesis de un organismo como el ser humano, ni idear a un Newton, un Mozart, un Einstein, ni a ti ni a mí.

Una corriente creadora atraviesa la materia, los seres, a todo lo largo de los miles de millones de años que la ciencia ha puesto a nuestro alcance.

Esa corriente creadora, ese gesto creador, informa la materia y compone estructuras cada vez más complejas.

Por medio del análisis inductivo que parte del dato fáctico llegamos nosotros a la fuente de la información organizadora y creadora; y a esa fuente llamamos en una primera aproximación, como hizo Aristóteles a propósito del “acto primero”, “Dios”.

Es decir, que Dios es quien transmite la información, aun cuando, provisionalmente, prescindamos del problema no resuelto de la eternidad o no-eternidad del mundo.

Lo que encontramos así, es lo que en teología denominamos “prima via”. Ahora bien, desde la perspectiva del judaísmo, el cristianismo y el Islam, se admite que Dios se manifestó a Abraham.

Pero las Sagradas Escrituras, libres de las interpretaciones de las religiones organizadas, afirman que Dios se reveló al hombre desde su creación. Hebreos 1:1-4.

Es cierto que en Israel, o más exactamente a través de los profetas, Dios se ha manifestado a través de sus siervos hasta llegar a Jesús de Nazaret.

Sin embargo, nuestro método y procedimiento de análisis no sigue el más frecuente en el cristianismo organizado, según el cual, y basándose en la teología de Karl Barth (1886-1968), afirman que “sólo hay conocimiento de Dios en Jesucristo”.

Nosotros creemos que, sin embargo, hay conocimiento de Dios a partir de una meditación sobre el mundo y sobre lo que el mundo contiene.

Eso es lo que en teología denominamos “teología natural”. Sin embargo, estamos de acuerdo con Barth en que la “teología natural” no es suficiente, aunque los cielos declaren la gloria de Dios, y el firmamento la obra de sus manos, lo que nos permite afirmar no sólo su posibilidad, sino también su necesidad.

Estamos de acuerdo en que la inteligencia humana no puede conocer con certeza, a partir del mundo, la existencia de un “Ser” distinto del mundo y

Pr. Joaquín Yebra.

Creador del mundo. Se trata de un problema que tiene su origen en la crítica del conocimiento y de la metafísica.

Es el problema de la posibilidad de la metafísica en cuanto ciencia. Recordemos simplemente un equívoco muy ampliamente extendido:

Se entiende por “metafísica” una especulación o un conjunto de especulaciones sin base en la experiencia, elaboradas “a priori” por vía deductiva.

De ser así, compartimos el escepticismo de quienes critican la metafísica. Pero, en la historia de la filosofía no hay sólo metafísicas de ese tipo, construidas “a priori”. Existen también métodos que nada tienen que ver con el método deductivo “a priori” ...

Se registran esfuerzos encaminados a obtener un análisis metafísico incluso en la biología, como es el caso de Henri Bergson, galardonado con el Premio Nobel. Bergson (1859-1941) fue un científico judío francés que centró sus estudios en el análisis de los fenómenos de la conciencia.

Bergson estuvo muy cerca del cristianismo, pero no entró formalmente en el catolicismo por creer, según expresó en su testamento, que tal cosa habría contribuido al sentimiento antijudío de sus días.

Personalmente, no creemos que el “dios” al que la inteligencia humana llega tras su azarosa meditación sobre el mundo y el Universo sea diferente al que se manifestó al hombre, a los Patriarcas, a Moisés, a Abraham y a los profetas antiguos, hasta llegar a Jesús de Nazaret.

Creemos que se trata del Creador de los Cielos y la Tierra, de los ejércitos de los Cielos, es decir, las galaxias en continua expansión, y de todo lo que contiene este minúsculo, pero maravilloso planeta en el que Dios ha querido que habitemos y seamos parte de él.

Creemos que Dios es cognoscible a partir de la Creación, porque su Creación es manifestación suya.

Es cognoscible a partir de la Creación del ser humano, de todos a cuantos se manifestó de muchas formas y maneras, en otro tiempo a los profetas, y en nuestros días en Jesús de Nazaret, en quien fue encarnado el Verbo de Dios.

Creemos que el conocimiento de Dios en la “teología natural” es, efectivamente, incompleto, pero no por eso creemos que no sea auténtico.

Por otra parte, desconfiamos de la veracidad de quienes afirman poseer un conocimiento completo de Dios, al menos, del Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo y Padre nuestro.

Pr. Joaquín Yebra.

Personalmente, no creo que el problema de la verdad del cristianismo sea una cuestión de “fe”, en el sentido en que habitualmente se entiende la “fe”, es decir, una adhesión ciega, irracional, que proviene de una opción más o menos arbitraria y frecuentemente sentimental.

Creemos que el problema de la verdad del cristianismo, en todos los terrenos y en todos los niveles, es fruto del análisis de la inteligencia y de la experiencia, capacidades y oportunidades otorgadas por Dios a sus hijos e hijas.

\*\*\*\*\*